LA OTRA MUJER



NOELIA SERRANO

LA OTRA MUJER

Noelia Serrano

Copyright © 2025 Noelia Serrano

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito de la autora. Protegido mediante licencia Safe Creative.

Depósito legal: B 19001-2025

Dedicado a Agatha Christie,
por despertar en mi el arte de matar (sobre el papel).

«Una mentira nunca vive hasta hacerse vieja».

—Sófocles

PRÓLOGO

La mujer de la limpieza empuja su carrito por el angosto pasillo del hotel. Algo adormecida, empieza su ronda a primera hora de la mañana.

Lo que no sabe todavía es que, dentro de cinco minutos, entrará en la habitación 204. ¿Y qué tiene de especial esa habitación? La sangre que empapa el colchón, la pared y la alfombra.

Así que, dentro de cinco minutos, esa mujer abrirá la puerta tras llamar dos veces y no obtener respuesta. Verá la sangre y sus pies retrocederán con torpeza. Chillará, dejándose la voz en ese grito desgarrado. Rezará día y noche para que sus ojos olviden lo que han visto; para que el recuerdo se marchite.

Por eso, dentro de cinco minutos, descubrirá que alguien ha sido asesinado en la habitación 204.

CAPÍTULO 1

«Qué vestido más caro», es lo primero que se le pasa por la cabeza al ver cómo va vestida la mujer de al lado. Seguido por un inevitable: «Mi marido jamás me regalaría algo así». Es triste, pero es cierto. No recuerda la última vez que le hizo un regalo que no fuera un ramo de flores como disculpa tras una pelea.

Debería estar pensando en qué hace aquí. No sabe muy bien dónde está. Imagina que debe ser una habitación de hotel, eso está claro, ¿pero cómo llegó aquí?

Mira a la mujer que yace a pocos centímetros de ella. Le cuesta dejar de pensar en el vestido, pero lo consigue.

Entonces, se incorpora, llevándose las manos a las sienes. Le va a estallar la cabeza. Tiene una resaca descomunal, pero sabe que no será la última. Tiende a enfrentarse a sus problemas con una generosa copa de vino tinto, aunque en esta ocasión no le sabe la garganta a alcohol.

Pasados unos segundos, se da cuenta. Sus ojos descubren toda la sangre que mancha las sábanas blancas de la cama. También las salpicaduras en la pared y en la alfombra de color beige.

Primero piensa que es suya, que la han herido mientras dormía o que se hizo alguna herida anoche.

Pero no.

Su mirada estudia a la mujer que hay junto a ella. Ahora sabe que no está dormida: está muerta.

CAPÍTULO 2

No se atreve a tomarle el pulso; pero tampoco hace falta. Su pecho no se mueve. Esa mujer está muerta.

«¿Qué está pasando? ¿Por qué estoy aquí?», se pregunta Inés, horrorizada, con miedo a ser descubierta en esa situación.

Tiene que irse cuanto antes. ¿Qué va a hacer si no? ¿Llamar a la policía? ¿Para qué, si no recuerda nada? Esto no le puede estar pasando.

Comprueba que apenas son las cinco de la mañana en el reloj de pared; aún puede huir sin que la vean. Está a tiempo. Podría hacerlo.

En medio de todo ese pánico atroz que la paraliza, saca fuerzas para pensar rápido y trazar algún plan.

Inés Salvatierra siempre ha sido una mujer práctica, que en lugar de centrarse en el problema, se centra en la solución.

Primero piensa en salir por la puerta, pero es demasiado peligroso. «¿Y si me ven saliendo de aquí y descubren el cadáver? ¿Qué pensarán de mí entonces?», reflexiona.

Entonces camina hacia el ventanal que da al jardín trasero del Hotel Villamar, rodeado por un extenso bosque de pinos. Abre el cristal derecho de la ventana y se asoma: está en un segundo piso.

Descarta la idea de saltar. Podría romperse las piernas, y eso en el mejor de los escenarios. No, no puede saltar. La adrenalina intenta convencerla, pero sabe que no debe hacerlo.

Sopesa la idea de aferrarse a las enredaderas que cubren toda la pared de piedra, pero se ven inestables.

Entonces hace contacto visual con una tubería gruesa de color gris que desciende desde el tejado hasta el suelo. Bingo.

Antes de subirse al alféizar del ventanal y agarrarse a la tubería, se quita las medias y se cubre las manos. No quiere dejar sus huellas dactilares. Tiene que parecer que ella nunca ha estado allí. Con sumo cuidado, comienza a descender, conteniendo la respiración. Se aferra con fuerza a la tubería, aunque el nylon de las medias hace que sea muy resbaladizo. Si no fuera por el estado agitado en el que está, no sería capaz de hacer esto. El miedo la empuja a seguir bajando.

Cuando apenas está a un metro del suelo, tiene un pequeño descuido. Apoya mal el pie, se resbala y se cae, aunque unos arbustos amortiguan su caída. Se hace algún que otro rasguño, pero está bien. Nada grave.

Las ramas crujen y se enganchan en su ropa y en sus mechones. No obstante, logra salir.

Respira hondo. Se levanta y, sin mirar atrás, echa a correr hacia la espesura del bosque.

«Nunca he estado aquí», se dice Inés mientras desaparece entre los árboles.

CAPÍTULO 3

Como cualquier otra mañana, Guillermo Piera se despierta con dolor de espalda. Dormir en el sofá le está pasando factura. No sabe hasta cuándo va a aguantar esto. Al fin y al cabo, la casa es suya. Todo esto es suyo.

Cada vez que discute con Inés le toca dormir en el sofá. En una ocasión se marchó en mitad de la noche a un hotel, alegando que quería dormir en un colchón de verdad, pero eso solo condujo a dos semanas de enfrentamientos con su mujer.

No recuerda cuándo dejaron de amarse. Cuando pasaron de quererse a tenerse cariño, de tenerse cariño a tolerarse y de tolerarse a aborrecerse.

Ahora se odian.

Instintivamente, su cuerpo cansado se dirige a la cafetera de última gama. Necesita un buen café.

Mientras tanto, escucha el agua correr en el baño de la segunda planta. Su mujer, que seguro que ha descansado en el carísimo colchón viscoelástico que él pagó, se está dando una buena ducha mañanera.

«Sanguijuela despiadada», piensa Guillermo en lo que su taza de Darth Vader empieza a rebosar de café. Luego continúa: «Ten

cuidado. No te vayas a resbalar en la ducha, Inés». No es un pensamiento, es un deseo.

Por suerte, hoy es sábado, así que no verá a su mujer hasta la cena. Por la mañana ha quedado para jugar a tenis con sus amigos en el Club de Campo El Robledal, luego comerá con ellos y, con suerte, el plan se alargará hasta la tarde. A última hora, tiene pendiente hacerle una visita a alguien. Por lo tanto, no volverá hasta tarde.

La puerta principal se cierra con un golpe seco. Una mujer robusta, de mediana edad, atraviesa el salón con paso firme y se encamina a la cocina. Al ver a Guillermo, sus ojos se iluminan.

—Buenos días, señor Piera —dice ella, con una voz melosa, casi cantada. Enseguida le tiende un ramo de tulipanes, los favoritos de su mujer, y añade—: Aquí le traigo las flores.

Guillermo las recibe sin demasiado entusiasmo y las apoya sobre la isla de mármol. Agarra un bolígrafo cualquiera que encuentra en la encimera y escribe en una nota:

«Lo siento, amor mío. Te quiero.

—Guillermo».

Luego la deja doblada entre los tulipanes.

Cada vez que discute con Inés, repite el mismo ritual: le manda un SMS a Cayetana, su asistenta, para que, por la mañana, aparezca con un ramo idéntico. Siempre el mismo.

Luego, escribe la misma nota. Una disculpa atemporal. Así no se rebana los sesos pensando qué escribir.

Cayetana, la asistenta, siente un vuelco en el pecho. Se da cuenta de que está sonriendo tontamente, así que se obliga a contener sus emociones, ocultando su rubor.

Guillermo sigue bebiendo café, fingiendo que no ha visto cómo su asistenta se sonrojaba. Siempre ha pensado que, si Cayetana tuviera veinte o treinta años menos, ya la habría convertido en su esposa.

Y, sin embargo, Cayetana lo ama como si cada día todavía hubiera una posibilidad. Como si fuera posible que un hombre atractivo, inteligente y adinerado como él fuera a fijarse en una cincuentona divorciada, sin blanca, con varios kilos de más y dos críos a su cargo, como ella.

Guillermo sabe que Cayetana está colgada por él y no duda en aprovecharlo. Sabe que si le pide favores o le hace quedarse hasta tarde, ella lo hará sin rechistar. Le gusta tener poder sobre los demás y, sobre todo, le gusta gustar. ¿A quién no?

—Es un placer —responde ella, mostrándole una sonrisa amplia, casi temblorosa. Entonces abre la nevera y añade con dulzura—: ¿Quiere que le prepare algo para desayunar? ¿Tiene hambre?

Guillermo apenas la escucha. La vibración de su Nokia lo arranca de la conversación. Asiente distraído, lee el SMS, y contesta con un

tono frío:

—No hace falta, Cayetana —responde Guillermo mientras deja la taza medio llena en el fregadero—. Comeré en el club.

El sonido del agua en la ducha se detiene. Guillermo se tensa al momento. No quiere verla. No quiere encontrarse con su mujer. No ahora.

—Me voy ya. Volveré para la cena.

—¿Va a salir así? —pregunta Cayetana en un hilo de preocupación, notando que aún lleva puesto el pijama.

Guillermo ya tiene medio cuerpo fuera de la puerta. Agarra las llaves de su Aston Martin del cuenco de la entrada y responde:

—Tengo ropa de recambio en el maletero. Hasta esta noche.

La puerta se cierra tras él. Cayetana se queda ahí, a solas con ese ramo de flores que jamás será para ella.

CAPÍTULO 4

Más que en un baño, parece que esté en una sauna. Inés ha permanecido absorta bajo los chorros, dejando que el agua cayera sin prisa.

Poco a poco, el vapor lo ha invadido todo; el espejo, la mampara de la ducha e incluso la cristalera de la ventana.

Con la suciedad y la adrenalina por fin desprendidas de su cuerpo, comienza a asimilar lo que ha ocurrido. No sabe qué pensar. No sabe por dónde empezar. Ni siquiera sabe si ha hecho bien huyendo de allí. Pero, todo ha pasado tan deprisa... ¿Qué otra opción tenía?

Es imposible que ella haya matado a alguien, así que, ha hecho bien. Así no distraerá a la policía de encontrar al verdadero culpable.

Al masajearse el champú de leche de coco por el pelo, un escozor inesperado la obliga a detenerse. Palpa la zona y, al momento, sus dedos encuentran una herida reciente. Se trata de una brecha en la sien. Es reciente.

—¿Y esto? —susurra, atónita.

Se esfuerza en recordar. Nada. No se ha dado ningún golpe en los últimos días, que ella sepa. ¿Puede que sus lagunas

mentales se deban a ese golpe en la cabeza? ¿Es por eso por lo que no puede recordar qué hacía en ese hotel?

¿Quién era aquella mujer? ¿Y quién demonios pudo hacerle esto? Ella seguro que no.

Descarta de inmediato la respuesta más obvia. No se cree capaz de asesinar a nadie. No puede ser. Debe de haber otra explicación, aunque por ahora no logre encontrar el sentido.

Entonces, mientras un pensamiento atropella al siguiente, escucha el rugido inconfundible del coche de su marido. El Aston Martin se enciende, atraviesa el porche y, poco a poco, el sonido del motor se disuelve mientras se aleja por la carretera.

Mejor. Con todo lo que está lidiando, lo último que quiere Inés es sentirse incómoda con él.

Hace meses que su matrimonio va mal. Los dos lo saben, son conscientes, pero nadie dice nada; lo cual solo empeora la situación.

Intentan no pasar tiempo juntos, haciendo planes con otras personas y rezando para que sus horarios no cuadren. Ella espera que pronto se resuelva.

Envuelta en una toalla rosa de algodón, abre el armario y revuelve entre perchas en busca de un conjunto apropiado.

Como cada sábado, ha quedado con sus amigas para hacer un brunch. No le apetece, pero sabe que debe ir. No puede levantar

sospechas ni mostrarse nerviosa. Un paso en falso y todo se vendrá abajo.

Por ahora, solo le queda rezar y esperar. Con suerte, nadie la relacionará jamás con aquella mujer ni con esa habitación de hotel.

CAPÍTULO 5

Pocas cosas hay en el mundo que le gusten más a Lourdes Veiga que resolver el crucigrama del periódico. Le gustan las adivinanzas, las películas de James Bond, el olor a lavanda, que el primer día del mes caiga en lunes y los gatos negros, pero nada tanto como hacer el crucigrama.

Está sentada en su sillón verde aceituna, disfrutando de una taza de té; una costumbre británica que heredó de su, ahora difunto, marido. El fin de semana promete.

De pronto, varios golpes secos la sacan de su crucigrama. Parece que alguien está intentando echar la puerta abajo. Lourdes hace una mueca de molestia y frunce el ceño. ¿Quién demonios llama a esas horas? Apenas son las ocho de la mañana de un sábado, por el amor de Dios.

Al abrir, se encuentra con un joven flacucho, de cabello pelirrojo alborotado y profundas ojeras. Viste el uniforme policial arrugado y con unas desvergonzadas cagadas de gaviota en el hombro. Es su nuevo compañero, el agente Román.

Apenas se han cruzado un par de veces por la comisaría, pero ya se ha familiarizado con su pálido rostro y su voz chillona.

Los agentes se lo van turnando cada semana y ahora parece que le toca a ella.

El joven respira de forma agitada, como si hubiera corrido las veinte manzanas que separan sus casas sin detenerse.

—Menos mal que te encuentro... —masculla él, todavía recuperando el aire.

Acto seguido, se apoya en el marco de la puerta tratando de sujetarse en caso de desmayo inminente.

—¿Dónde iba a estar a estas horas? —responde Lourdes con su habitual sarcasmo, arqueando una ceja—. ¿Ha pasado algo?

—Sí —afirma el agente Román mientras se abre paso con torpeza al entrar.

En el intento de quitarse la gorra, derriba un perchero en el que cuelgan varios abrigos, un chubasquero amarillo, una gabardina y dos blazers.

Lourdes aprieta los labios mientras observa las consecuencias del huracán Román en su recibidor, y resopla.

—Adelante, claro —murmura ella con ironía—. Pasa. Como en tu casa.

El agente Román recoloca el perchero, disculpándose de forma nerviosa. Luego se pasa una mano por el pelo y suelta casi de golpe:

—Ha habido un asesinato... o al menos eso creen.

—Maravilloso —responde ella, y rápidamente modera el entusiasmo de su voz y añade—: ¿Dónde?

—En el Hotel Villamar.

CAPÍTULO 6

La inspectora Veiga se pregunta, mientras recorre ese pasillo de hotel, qué se encontrará en esa habitación. La 204, para ser exactos.

Cuando cruzaba la recepción, le ha pedido al agente Román que se quedara consolando a la mujer de la limpieza que ha encontrado la escena del crimen. Al parecer, le estaba dando un ataque de ansiedad.

Ahora que lo piensa mejor, no sabe si ha sido lo más acertado mandar al agente Román.

Hace falta tener mucho estómago para este trabajo. Antes, la gente mataba con veneno o con un disparo limpio. Ahora se vuelven más creativos. Usan destornilladores, motosierras o cualquier objeto capaz de convertir un asesinato en una carnicería.

El truco de la inspectora Veiga, después de tantos años, es sencillamente no desayunar. De normal se guarda una barrita energética en el bolso para después o tiene la suerte de que la escena del crimen está cerca de alguna cafetería. Es tan simple como eso.

Pero esta mañana no se esperaba ver un cadáver. Por eso se ha permitido el lujo de zamparse dos tostadas con mantequilla y

mermelada y un té. Solo espera no empezar a sentir náuseas. No le gustaría terminar con la cabeza metida en un retrete; se hizo la permanente hace poco y no sería muy conveniente.

Lo que se encuentra en la habitación 204 es desconcertante, aunque no entra dentro de sus expectativas. No hay cuerpo, solo charcos de sangre por toda la habitación. Mucha sangre. Demasiada.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta la inspectora Veiga, avanzando con paso firme hasta colocarse junto al agente Lafuente, que examina de cerca el colchón empapado.

El agente Lafuente es un hombre alto, algo robusto, de piel trigueña, pelo avellana y ojos ámbar.

—Una escena muy rara —responde él con su diluido acento argentino, sin apartar la vista del colchón ensangrentado—. Aquí hay litros de sangre, pero no hay cuerpo.

—¿Crees que sobrevivió? —pregunta ella, solo por descartar, aunque ya conoce la respuesta.

—Lo dudo —constata él, con convicción.

—¿Qué sabemos hasta ahora? —pregunta la inspectora Veiga, cruzándose de brazos.

—La mujer de la limpieza dio la alarma por la mañana— explica él, clavando la mirada en la inspectora—. Al parecer, después de entrar en la habitación y ver la sangre, vio a un tipo

nervioso en el pasillo con un bidón de gasolina. Ella chilló y el hombre se fue corriendo.

—¿Un bidón de gasolina? — trata de confirmar ella, algo extrañada.

—Correcto.

—¿Tenemos descripción del sospechoso?

El agente Lafuente niega lentamente con la cabeza.

—Llevaba capucha. La mujer no pudo verle bien la cara.

«Siempre es lo mismo: o estaba muy oscuro o iba encapuchado. Qué sorpresa», piensa la inspectora, con aires irónicos.

—¿A qué hora fue esto?

—A eso de las ocho de la mañana.

La inspectora guarda silencio unos segundos para pensar. ¿Su plan era incendiar la habitación para borrar las pruebas? Un poco chapucero hacerlo a esas horas, ¿no? En todo caso, Lourdes espera que si no le dio tiempo a ejecutar esa parte del plan, puedan encontrar pistas. Sea lo que sea lo que quiso borrar el hombre encapuchado, lo encontrarán.

—Interesante... —masculla al fin la inspectora Veiga mientras sus ojos hacen un barrido general por toda la habitación—. Ese hombre misterioso se debió llevar el cuerpo metido en algo, en algún saco, porque no hay rastros de sangre. Está toda concentrada en la cama y alrededores.

—Eso parece... —responde el agente Lafuente, asintiendo con la cabeza. Al momento, continúa—: El forense ya está de camino. Cuando tomen muestras de sangre sabremos quién es.

Lourdes alza la vista con expresión de incredulidad.

—¿Me estás diciendo que no sabemos quién era? ¿Nadie se registró en esta habitación o qué?

—Pues no —el agente Lafuente suspira y se pasa la mano por la nuca—. Será mejor que hables con el dueño del hotel. Me han dicho que él puede explicárnoslo.

CAPÍTULO 7

«Es igual a ese actor. ¿Cómo se llamaba?», piensa Lourdes mientras el director del Hotel Villamar les estrecha la mano con nerviosismo. Sus palmas sudorosas y los redondeles que emergen del sobaco de su camisa delatan el estado agitado en el que está. Cuando Lourdes ha entrado en su despacho, el pobre hombre estaba hiperventilando dentro de una bolsa de papel.

Lourdes imagina que lidiar con un asesinato debe ser espantoso para tu negocio; es algo para lo que no te preparan en el grado de Administración y Dirección de Empresas.

En los pocos segundos que lleva dentro de su despacho, la inspectora ya sabe la clase de persona que es. Tiene la marca del bronceado en su dedo anular, lo que quiere decir que hasta hace poco había una alianza ahí; por lo que está recién divorciado.

Esa suposición se respalda por la foto que tiene en la estantería de detrás, medio girada, en la que Lourdes alcanza a verle a él junto a una mujer, en lo que adivina que es una foto de boda. Seguramente ella le dejara a él, porque la papelera de aluminio está llena de clínex moqueados y envoltorios de comida basura.

Así que, se imagina con qué clase de hombre está tratando.

Tanto ella como el agente Román toman asiento frente al

escritorio de caoba. Es un despacho clásico, con muebles de madera, plantas adornando las esquinas y recortes de periódico enmarcados hablando del hotel.

El director del hotel, un hombre de mediana edad, de frente amplia y coronilla despoblada, trata de tranquilizarse. Tiene una voz grave y nasal, que llena la habitación cuando dice:

—En primer lugar —comienza, juntando las manos sobre la mesa—, quiero darles las gracias por la rapidez con la que han venido y por la discreción.

Se nota a la legua que se está esforzando en no echarse a llorar.

Toda esta situación le puede.

—No hay problema —responde la inspectora Veiga con tono amable—. ¿Señor...?

—Pascual. Enrique Pascual —aclara, llevándose dos dedos al cuello de la camisa, como si la corbata lo asfixiara—. ¿Podemos confiar en que todo este asunto se maneje con la máxima discreción? No queremos que la prensa se entere.

Le tiembla la voz cuando menciona la palabra «prensa».

—Por nuestra parte, seremos extremadamente discretos, señor Pascual —afirma Lourdes con seriedad—. Pero, la prensa se acabará enterando tarde o temprano. Estas noticias vuelan.

Mientras la inspectora habla, el agente Román deja vagar la vista por el despacho. Sobre la esquina del escritorio de caoba,

un cuenco de cristal rebosa de bombones envueltos en papel dorado.

El agente estira el brazo sin pudor, toma uno y lo desenvuelve en un crujido metálico. El director lo observa de reojo, frunce ligeramente el ceño, pero no interrumpe la conversación.

—Lo que más nos preocupa —explica Lourdes—, es que no tengamos forma de saber la identidad de la víctima. ¿No es obligatorio registrar a los huéspedes?

—Ya... —el hombre carraspea, empapado de nuevo en sudor—. La cosa es que, además de ser un hotel convencional, ofrecemos un servicio aparte. Es más bien algo que hacemos pocas veces... No es lo habitual.

Tanto la inspectora Veiga como su compañero guardan silencio, esperando una aclaración que despeje sus dudas. Parece que el hombre, Enrique, está teniendo problemas para ir al grano, aunque finalmente cede a la presión y añade:

—A veces vienen personas acompañadas de alguien con quien no deberían estar... Buscan discreción y...

—Entiendo... —le interrumpe ella—. Gente que busca privacidad y discreción. Infidelidades y todo eso, ¿verdad?

Enrique se remueve en la silla, incómodo. Antes de que pueda responder, el sonido del papel de otro bombón le distrae de la conversación.

El agente Román mastica con placer sin darse cuenta de que está distrayendo al hombre.

La mirada de Enrique se clava en él, ahora ya sin disimulo. Lourdes suspira y le lanza una advertencia en voz baja, cargada de fastidio:

—Agente Román, compórtate.

Él asiente y se obliga a masticar y tragar más rápido. El director, con gesto crispado, retoma la conversación.

—Así que, lo siento, pero no sabemos quién reservó esa habitación —concluye él, bajando la voz con culpabilidad.

En ese momento, la secretaria entra en el despacho con paso firme, cargando una taza de manzanilla. La deposita en las manos del director con una sonrisa mecánica y desaparece al instante, cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Lourdes se reclina en la silla, entrelazando los dedos sobre el regazo. Lo observa con calma, pero sus ojos brillan de curiosidad.

—¿Cómo funciona exactamente la reserva en estos casos? —pregunta ella, despacio, como si midiera cada palabra—. Y... ¿Cómo sabe la gente que este servicio existe?

El director del hotel se toma unos segundos y sopla sobre el líquido antes de darle un sorbo largo. Su gesto se suaviza, aunque no del todo.

—Es algo que se sabe por el boca en boca —explica él, al fin —. Poca gente sabe que lo ofrecemos... Es un servicio excepcional —hace una pausa para dar otro sorbo a su manzanilla—. Normalmente, llaman preguntando por el servicio de tintorería.

El hombre hace comillas con sus dedos mientras pronuncia las palabras «servicio de tintorería» y luego prosigue:

—Nuestra recepcionista entiende ese código y asigna la habitación más apartada posible, lejos del resto de huéspedes. Normalmente, solemos dar habitaciones en la segunda planta. Es la única en la que desbloqueamos la salida de emergencia que conduce al aparcamiento lateral. Así pueden entrar y salir sin ser vistos. Se les deja la llave en la maceta que hay junto a la puerta de emergencia y cuando se marchan la devuelven ahí.

El agente Román arquea las cejas con descaro y, mientras agarra otro bombón del cuenco con sigilo, pregunta:

—¿Y si alguien llama porque de verdad está interesado en el servicio de tintorería?

—No nos ha pasado nunca— decreta Enrique, de forma rotunda.

—Pero, ¿y si pasara?

El director decide ignorar su última intervención y le devuelve la mirada a la inspectora Veiga, mientras continúa:

—Después, suelen dejar un sobre con dinero en la mesita de noche. Bueno... Hay muchas formas de pagar —se toma una pausa, pensando en qué más decir, y finalmente añade—: En general, dejan muy buena propina. Suelen estar muy satisfechos con el servicio.

—Claro. La discreción se paga bien —responde Lourdes, con un matiz de ironía en la voz—. Entonces, no sabe qué personas suelen

pagar ese servicio, ¿cierto?

El hombre ladea la cabeza.

—Ese es el punto —explica él—. Que nadie sepa quiénes son.

De pronto, Lourdes cae en la cuenta. Lo reconoce. Reconoce al hombre. Lo mira durante unos segundos más y piensa: «Es igual a ese actor... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Luis Tosar».

CAPÍTULO 8

Ni siquiera cinco rondas de mimosas han conseguido que se relaje. Inés sigue rígida, irascible, con una sonrisa impostada. Le cuesta trabajo seguir la conversación de sus amigas. Se limita a asentir y a imitar sus gestos con retraso.

No puede pensar en otra cosa que no sea esa mujer. ¿Quién era? ¿Y qué hacía con ella en esa habitación? No entiende nada. Teme que en cualquier momento vengan a arrestarla por algo que ni siquiera recuerda haber hecho. Se imagina las luces azules y rojas bañando el interior de esta cafetería, un hombre esposándola delante de todo el mundo y leyéndole sus derechos.

En ese instante, todo terminaría. Sería su fin.

Al cabo de un rato, Inés se excusa, se levanta de su sitio y se esconde en el baño. Necesita espacio. Sabe que no está disimulando bien. Teme que cualquier persona sea capaz de ver que es culpable de algo que está reprimiendo. No tendría que haber venido.

Se encierra en un cubículo y, apoyando la espalda contra la pared, empieza a respirar de forma agitada. Le falta el aire. Nota un hormigueo leve en la punta de los dedos y escucha su corazón latir con fuerza.

—¿Inés? —pregunta la voz de mujer que acaba de entrar en el baño—. ¿Estás ahí? ¿Va todo bien?

La reconoce al momento. Es una de sus amigas, Lía Alcántara. A Inés nunca le ha caído del todo bien, pero como el resto la venera, jamás se ha atrevido a decir nada.

Es una de esas personas que se cree superior al resto, aunque trate de disimularlo. Es tan manipuladora que nadie más salvo ella se da cuenta. La introdujeron en el grupo más tarde, porque iba a pilates con una de sus amigas, y no pudo rechistar. Las tiene a todas comiendo de la palma de su mano.

—¿Hola? —insiste Lía—. Veo tus Jimmy Choo por el hueco de la puerta...

Tiene que decir algo. Inés se obliga a articular una frase, intentando que su temblorosa voz no delate su nerviosismo.

—Sí. Enseguida salgo. Tranquila.

Inés espera que la indirecta baste para que se marche, pero Lía no se va. Pasan unos segundos y entonces se acerca a la puerta y dice con un tono más meloso:

—Ábreme, anda...

Inés traga saliva y obedece. Nunca tiene argumentos ni agallas para llevarle la contraria.

—¿Qué ocurre, Inés? Estás muy pálida.

Lía enrosca sus manos en los brazos de Inés y la acaricia con ternura, tratando de reconfortarla.

—¿Ah, sí? —balbucea Inés, forzando una sonrisa—. He dormido mal, nada más. No te preocupes.

—Sí me preocupo.

Lía le aparta un mechón de pelo de la cara y le acaricia la mejilla. En sus ojos hay una ternura desconcertante. Con cualquier otra persona, Inés se habría relajado. Pero con ella solo siente un miedo más intenso.

—¿Me vas a decir lo que te pasa? Estás muy rara.

—¿Rara? —repite Inés, con sorpresa, avanzando hacia el lavamanos y dándole la espalda para mojarse las manos—. No, para nada. Solo estoy cansada. Eso es todo.

—No... —niega Lía—. Te pasa algo. Y sé lo que es.

Inés se queda congelada, asustada. A pesar de que la salida está a tan solo un metro de distancia, se siente acorralada. No tiene escapatoria.

¿Cómo es posible que lo sepa? ¿Es que estaba en el ajo? ¿O es esto una de sus artimañas para sonsacarle la verdad?

—¿Lo has hecho ya? —pregunta Lía, sin apartar la mirada—. ¿Es eso? ¿Lo has hecho y estás asustada?

Inés no responde. Se le ha olvidado cómo hablar. Lía sonríe con un gesto ambiguo que oscila entre la complicidad y la amenaza.

Lía lo sabe. La ha descubierto. Inés no sabe cómo, pero lo sabe. Tiene que ser eso.

—A mí me lo puedes contar —susurra, con insistencia—. Estoy aquí para ti.

En ese momento alguien empuja la puerta. Una mujer atraviesa el umbral, cortando de lleno con toda la tensión en el ambiente, y se encierra en uno de los cubículos.

No hace falta decir nada más. Ambas dan por finalizada la conversación.

—Bueno... —dice Lía, con la voz más áspera—, cuando necesites hablar de esto, ya sabes dónde estoy.

CAPÍTULO 9

Las puertas del ascensor se deslizan. Guillermo cruza el amplio pasillo y desvía la mirada a los cuadros renacentistas que cubren las paredes. La moqueta roja amortigua sus pasos confiados.

La recepcionista, que siempre parece estar jugando con su ordenador en lugar de trabajar, le concede una mirada rápida. No tiene muchas ganas de atender a nadie. Es comprensible, teniendo en cuenta la hora que es.

Guillermo se acerca a su escritorio de cristal, a juego con el diseño moderno y minimalista de la sala de espera.

—Vengo a ver a Diego Ledesma—anuncia con seguridad—.
De parte de Guillermo.

La recepcionista, sin inmutarse demasiado, contesta:

—¿Tiene cita?

—He llamado hace un rato—explica él—. Diego me ha dicho que podía verme cinco minutos.

Entonces la mujer, con poco interés, le hace un gesto con la mano para que pase. Al momento, hunde su cabeza en la pantalla para seguir jugando al comecocos.

Guillermo abre la puerta y entra en el despacho de su viejo amigo, Diego. No es la primera vez que está ahí, pero le siguen

sorprendiendo las imponentes vistas de la ciudad que hay desde la decimonovena planta de ese rascacielos. Es una lástima que viva tan lejos, porque le encantaría comprarse un ático en la ciudad.

—Guillermo—dice Diego—, pasa, por favor. Ponte cómodo. Diego se levanta de su silla de cuero, se abotona la americana gris y se acerca al minibar mientras su amigo se hunde en una de

las sillas para las visitas.

Guillermo hace un barrido visual por ese despacho que ya conoce. Todo sigue igual: su título de abogacía adornando la pared, la estatua dorada de la Dama de la Justicia y la estantería negra llena de manuales con más páginas que una enciclopedia.

—Me has dicho que querías hablar de algo urgente—continúa Diego mientras vierte en dos copas de cristal whisky irlandés—, ¿verdad?

Entonces, le tiende un vaso a Guillermo y se apoya sobre el escritorio, expectante por saber de qué se trata. Guillermo está visiblemente tenso. No sabe por dónde empezar. Se enjuaga la boca con un sorbo de whisky antes de decir:

—Verás, tengo un problema.

—Tú dirás—irrumpe Diego, con serenidad, con el fin de apaciguar los nervios de su viejo amigo—. Dispara.

—Es Inés...

Diego asiente con interés. Entonces, Guillermo prosigue:

—Me quiero divorciar.

Diego plasma una mueca de asombro y tristeza en su rostro. Le sale natural. Cada día lleva casos de divorcio, así que tiene la empatía ensayada y trabajada para estas ocasiones.

—Pues, no sabes cuánto lo siento —luego se toma unos segundos para debatir si debería preguntar o no, hasta que finalmente se le escapa—: ¿Puedo saber por qué? ¿Tenéis problemas?

Guillermo pone los ojos en blanco y da otro trago a su whisky.

—Este matrimonio está muerto desde hace tiempo. No nos queremos. No tiene sentido que sigamos fingiendo.

—Vale... —murmura Diego—. Supongo que querrás que te ayude con el papeleo, ¿no? Puedo echarle un vistazo la próxima semana y te digo algo.

Antes de que Diego pueda añadir nada más, Guillermo escupe:

—Hay algo más.

La expresión preocupada de Guillermo se le contagia a Diego, quien se queda congelado esperando a oír el resto.

—¿Recuerdas el acuerdo prenupcial que redactaste, Diego?

—Claro que me acuerdo.

—¿Y que en caso de infidelidad ella se quedaría con la mitad de mi patrimonio...?

Diego suspira. Ya entiende de qué va todo esto. Comprende la gravedad de la situación.

—Por el amor de Dios, Guillermo... —maldice él—. ¿Qué demonios has hecho? ¿Estás engañando a Inés?

—Sí... —confiesa Guillermo, y rápidamente se corrige—: Bueno, no. Tuve algo, pero lo voy a terminar. Quiero divorciarme para poder estar con quien quiera sin esta presión, ¿entiendes?

Diego se masajea las sienes, tratando de pensar. Mientras tanto, algo alterado, Guillermo añade:

—Necesito que me ayudes, por favor —súplica desesperado—. Prepárame los papeles lo antes posible. Es urgente, Diego.

—Cálmate—responde, al fin—. Te ayudaré, pero más vale que Inés no sepa nada.

Guillermo ladea la cabeza con ímpetu.

—No sabe nada, no.

—Más te vale... —conviene Diego—. Porque si no, estás jodido.

CAPÍTULO 10

El chirrido del cuchillo arañando el plato es lo único que se escucha, además del televisor, que suena de fondo.

Inés corta su bistec poco hecho, cabizbaja. Apenas ha comido. No tiene hambre. Su marido, en cambio, ha dejado el plato limpio y se ha terminado una botella de vino tinto. Es como si necesitara emborracharse para estar en presencia de su mujer.

—¿Has tenido un buen día hoy? —pregunta ella, esforzándose en sonar amable.

Él asiente, con poco interés. Al cabo de unos segundos, se obliga a verbalizar:

—Sí, ha estado bien.

En el fondo, a Inés le gustaría volver a estar bien con él. En estos momentos, necesita a alguien a su lado que le ayude a sobrellevar toda esta locura. Está sola. Asustada. No tiene a nadie con quien hablar ni ningún hombro sobre el que llorar.

Inés observa los tulipanes que descansan en un jarrón de cristal, encima de la isla de la cocina. Es un detalle bonito, pero también es una metáfora de cómo es su relación. Los tulipanes están bien, pero no son su flor favorita. Sin embargo, su marido se los regala pensando que sí. Su relación es una mentira. No es real.

—¿Planes para mañana? —cuestiona ella, fingiendo interés.

Él ladea la cabeza, irritado por las constantes interrupciones de su mujer. No sabe qué mosca le ha picado. ¿De pronto se interesa por él?

—Saldré con el yate a navegar, creo —dice Guillermo mientras se pone en pie, aunque se tambalea, fruto de todo el alcohol que ha ingerido durante la cena. Luego agarra su plato, su copa y se acerca a la isla de la cocina, obligándose a preguntar, con voz áspera—: ¿Por qué? ¿Tienes planes?

Durante una milésima de segundo, Inés se imagina que su marido la invite a ir con él. Que vuelvan a pasar tiempo juntos, no por obligación, sino por gusto, porque aprecian la compañía del otro.

Pero eso no ocurre, porque cuando ella ladea la cabeza, él dice, rumbo al sofá:

—Qué bien. Así podrás descansar.

Mientras su marido se relaja en el sofá, enfrascado en un partido de fútbol, ella trata de hacer memoria. Desde el golpe en la cabeza, no recuerda muy bien ciertas cosas. ¿Cuándo empezó a irle mal en su matrimonio? ¿Será que su marido lo sabe? ¿Ocurrió algo para que estén así o, sencillamente, se les ha acabado el amor?

CAPÍTULO 11

Cuando se despierta, a las ocho de la mañana, su marido todavía duerme profundamente con la boca entreabierta y un hilo de baba manchando la almohada.

Ella se desliza fuera de la cama en silencio, camina descalza por el parqué frío y recorre toda la casa hasta llegar al porche. El aire de la mañana es fresco; es el único momento del día en el que no aprieta el calor agosteño.

Recoge el periódico dominical de La Gaceta Norteña y regresa con paso rápido a la cocina, como si temiera que alguien pudiera verla.

Espera encontrar alguna noticia, por escueta que sea, que hable del crimen. «Ojalá hayan encontrado al asesino y toda esta pesadilla acabe pronto», se dice a sí misma, con pocas esperanzas, mientras se prepara el desayuno.

El olor a café empieza a esparcirse por la cocina, pero no consigue calmarla ni despertarla.

Se sienta, despliega el periódico sobre la isla de mármol y apenas necesita unos segundos para encontrarlo. Está ahí, en primera plana, ocupando toda la portada.

«Asesinan a una mujer en el Hotel Villamar», anuncia el titular, seguido por un párrafo más pequeño que dice: «El cuerpo de la

víctima aún no ha sido localizado tras el crimen cometido en el Hotel Villamar. Según fuentes policiales, la fallecida sería Carolina Castañeda, de 34 años. La investigación continúa abierta y no se descarta ninguna línea de investigación».

El periódico le tiembla entre las manos. Traga saliva, como si se le hubiera atragantado el aire.

—Mierda... —balbucea, todavía medio soñolienta, incapaz de apartar la mirada del titular. Ese nombre le suena, ¿pero de qué? —. ¿Quién es Carolina Castañeda?

CAPÍTULO 12

Ahora mismo, a Lourdes le gustaría estar en su sillón verde aceituna, haciendo el crucigrama especial de los domingos. No sabe por qué, pero es el día de la semana en el que suelen ser más difíciles.

En su lugar, está en su Volkswagen Escarabajo amarillo, aparcando en un callejón de mala muerte, en el pueblo de al lado, Candelago.

Su compañero, el agente Román, se ha quedado con el agente Lafuente, que iba a estar en la comisaría llenando el corcho con los hechos en orden cronológico y todas las pruebas recopiladas hasta el momento. Es un alivio, la verdad. Trabaja mejor sola.

Lourdes aparca el vehículo con destreza, aunque tiene la cabeza en otra parte. No le ha hecho ni pizca de gracia ver que, el informe policial que le dieron a última hora de la tarde, ha salido publicado en el periódico La Gaceta Norteña.

¿Se esperaba que saliera en la prensa? Evidentemente. No sabe cómo, pero siempre se acaban enterando de estas cosas. Lo que no se imaginaba es que se filtrara el nombre de la víctima o dónde trabajaba.

Hay otra cosa en la que no deja de pensar. No deja de imaginar qué clase de asesino intenta quemar una habitación a primera hora de la mañana. Tuvo que ser premeditado, porque la reserva de la habitación y la bolsa para sacar el cuerpo apuntan a que estaba planeado, pero la parte de quemar la habitación se le escapa. No encaja con el perfil de asesino que ella cree.

¿Es que acaso fueron dos personas? ¿Tenía el asesino un cómplice?

Mientras le da vueltas a esas teorías, sale del coche y se dirige al bar Clement's Cabaret.

La fachada de ladrillo desgastado y la marquesina con letras gastadas le dan un aire de decadencia elegante.

El interior está decorado con muebles de madera oscura y tapicería roja, mesas bajas y un escenario todavía equipado con telón de terciopelo.

Allí encuentra a un hombre, de baja estatura y gafas gruesas, barriendo el suelo. No puede evitar fijarse en el pecho peludo que sobresale de la camisa de tirantes blanca que lleva.

—¡Está cerrado! —le gruñe él, con irritación.

Lourdes hace ademán de sacar su placa del bolso, aunque en el intento se le caen dos barritas energéticas, un par de pañuelos usados y varios tickets del supermercado que ha ido acumulando.

—Policía... —anuncia Lourdes, algo ruborizada. El hombre la mira con asombro mientras ella rebusca en el bolso y añade—: Disculpe, tengo que hacer limpieza pero ya. Siempre lo voy postergando y...

El hombre guarda silencio, desconcertado.

—¿Está aquí el dueño? —añade ella, con voz firme.

El hombre vacila, deja la escoba apoyada en una columna y responde con voz áspera, pero contenida:

—Soy yo... —carraspea, dubitativo—. ¿Es por lo de Carolina, no?

—Sabe lo de su asesinato entonces —dice Lourdes, fijando en él una mirada que no admite evasivas.

El hombre rápidamente se relaja al saber que no está ahí por él. Su pequeño alijo de maría está a salvo.

—Sí... —responde rápidamente, bajando la mirada un instante—. Lo he leído esta mañana. Ya me imaginaba que acabaría viniendo la policía. Aunque, no tiene sentido, pero...

—¿Por qué no tiene sentido?

—Porque vino a verme hace unos días, media hora antes de empezar, y dijo que lo dejaba.

—¿Eso dijo? —repite ella, inclinándose hacia adelante—. ¿Por qué exactamente?

El hombre suspira, cansado, como si tuviera cosas más importantes que hacer que hablar con la policía.

—Dijo que ya no necesitaba este trabajo... eso dijo la muy... —entonces se muerde la lengua, contiene su enfado y añade, encogiéndose de hombros—. Perdón, perdón... Es que la muy caradura nos dejó tirados antes del espectáculo. Imagina vaya marrón...

—Entiendo—dice Lourdes, aunque no lo acaba de entender—. ¿Hace cuánto que trabajaba aquí?

—Cinco o seis años... —responde él, evitando el contacto visual con la inspectora.

—¿Y qué hacía exactamente? —insiste la inspectora.

—Bailar —responde el hombre al momento—. Mira, el trabajo es una mierda y está mal pagado, es verdad. A veces, cuando te toca un buen cliente, te llevas una buena propina —se encoge de hombros, sincero—. Me molestó que nos dejara colgados aquella noche. Fue un problemón para todos, sobre todo para las chicas que bailaban con ella. Pero no la juzgo. Muchas chicas abandonan. La mayor parte de los clientes son respetuosos, pero siempre hay algún listillo que se aprovecha...

Acto seguido, el hombre agarra la escoba y empieza a barrer con movimientos metódicos, mezclando polvo, colillas y posavasos arrugados en un montón.

—Lo raro es que tardara tanto en marcharse—añade el hombre, a media voz, más para sí mismo.

—Y... —Lourdes deja la frase suspendida, inclinándose hacia adelante con más interés—, ¿cómo eran exactamente los clientes con ella?

El hombre se echa a reír, un sonido breve y seco.

—Carolina tenía mucho éxito. Era una mina de oro —responde, con un toque de nostalgia. Luego se detiene, parece recordar algo importante, y añade—: Aunque, sí que hubo uno hace poco que se volvió muy insistente. Hará una semana o así. Hubo bronca. Le tuvimos que echar del local y todo.

—¿Quién era?

—Uy... no me acuerdo. No lo sé —responde él, concentrado en barrer—. Pero puedes hablar con Cherry. Eran compañeras de piso, inseparables y todo eso. Uña y carne. De hecho, fue ella la que se enfrentó al tipo cuando las cosas se pusieron feas.

—Ya... —musita Lourdes—. ¿Y Cherry es...?

El hombre suelta una risa corta, como disculpándose por el lapsus, y responde:

—Ay, la costumbre —dice, haciendo memoria—. Se llama Amaia De Aspe. Ahora te busco su dirección.

CAPÍTULO 13

Nunca antes había visto una pocilga como esta. Cuando Amaia de Aspe se hace a un lado, Lourdes se abre paso a través de un estrecho pasillo de paredes desconchadas y manchas de humedad.

Después de dejar atrás dos dormitorios diminutos y un baño en el que retrete y ducha se rozan, llegan a un humilde salón en el que flotan motas de polvo por el aire.

Lourdes se deja caer en el sofá, tratando de ignorar las migas de comida que cubren el cojín de al lado y los calcetines usados que hay tirados en el respaldo.

Todo ese salón es un caos: platos sucios sobre la mesa, revistas de belleza de hace meses acumuladas por doquier y un cenicero a rebosar de colillas y ceniza. Todo a excepción de un ramo de tulipanes bastante fresco, del que cuelga una pequeña nota amarilla. Lamentablemente, sin sus gafas de leer no termina de advertir que hay escrita en ella.

Amaia se queda de pie, observando a la inspectora con curiosidad.

En ese momento, Lourdes trata de imaginarla en el bar, bailando cabaret con algún disfraz que deje poco a la imaginación. Está

segura de que cuando se maquilla y se arregla un poco, mejora. Sin embargo, ahora, en pijama y con cara de
cansancio, no termina de encontrarle esa belleza que se esperaba encontrar.

La poca luz que se filtra por la ventana ilumina con gracia las ondas pelirrojas de la melena de Amaia, perfectamente despeinada. Sujeta una lata de cerveza de marca blanca en la mano, a pesar de que apenas son las once de la mañana.

—Lo que le ha pasado a Carolina es horrible—comenta Amaia, con luto en su mirada.

Tiene cara de haber estado llorando y se le nota verdaderamente apenada.

—Sí, lo es...

—La vi esa tarde, antes de que se fuera... —musita Amaia, con la voz quebrada—. Ojalá no se hubiera ido...

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Hará unos cinco años en septiembre... Ella me ayudó con todo cuando empecé en el bar.

Lourdes se distrae momentáneamente por el olor a sardina frita que se cuela por la ventana; algún vecino está cocinando y el humo trepa por el patio de luces, impregnándose en el salón.

—Necesito que me hables de cómo estaba ella últimamente—comenta Lourdes—. ¿Estaba normal?

—Estaba muy rara.

—¿En qué sentido...? —se interesa la inspectora.

—No paraba de decir que dentro de poco nos iríamos de aquí. Que dejaríamos el bar y empezaríamos de cero. Yo no la creí mucho, pero estaba muy ilusionada. Me confesó que estaba a punto de ganar mucho dinero...

—¿Te dijo de dónde iba a sacar ese dinero? —cuestiona Lourdes, extrañada.

Amaia ladea la cabeza con lentitud y añade:

—No quiso decírmelo. Insistí mucho... Pero me dijo que pronto podría explicármelo todo.

Amaia se deja caer en el sofá, sentándose sobre las migas del cojín. Suspira hondo, derrotada, y entonces dice:

—Antes de eso me dijo que se estaba viendo con alguien.

—¿Un cliente? —irrumpe la inspectora.

—No lo sé —responde ella, encogida de hombros—. Creo que no, porque nunca le vi en el bar. Lo llamaba el hombre misterioso en broma. Me dijo que tenía mucho dinero y que nos cambiaría la vida muy pronto.

Lourdes reflexiona durante unos segundos y pregunta:

—¿Tiene algo que ver con el hombre que tuviste que echar del bar?

—No —niega al momento, de forma rotunda—. Ese era su exnovio, Asier. Tenían una relación muy tóxica, con muchas idas y venidas. No se hacían bien. Me tuve que poner seria esa noche y le eché. Pero es un buen chico, de verdad. Sería incapaz de hacerle daño.

—¿Sabes dónde lo puedo encontrar?

CAPÍTULO 14

Es la tercera vez que vomita. Tiene el estómago revuelto y la garganta embadurnada de bilis. Lleva toda la mañana atrincherada en su habitación, sintonizando cada cadena en la que emiten todas las novedades del caso Carolina Castañeda, la mujer asesinada cuyo cuerpo aún no han encontrado.

Piensa que en cualquier momento saldrá el texto: «Última hora: Identifican a la presunta autora del delito como Inés Salvatierra» y, antes de que se dé cuenta, tendrá a varias patrullas en su jardín. Se dejará un riñón en abogados, se le caerá el pelo por el estrés y matará a sus padres de un disgusto. No durará ni un día en la cárcel.

Le ha dicho a Cayetana, su asistenta, que se encontraba mal y que quería descansar, para que no la moleste. Como profesional, no tiene quejas sobre ella. Dobla las toallas en forma de cisne, perfuma cada habitación que termina de limpiar y les prepara platos exquisitos. Pero, como mujer, la odia.

Siempre se sonroja al ver a su marido, se interesa en exceso por él y se ríe de sus bromas; incluso cuando no tienen gracia. No le gusta nada que flirtee con su marido; porque sí, aún es su marido.

Inés se sienta en el borde de la cama y suspira. Trata de pensar con claridad, aunque está abrumada y le cuesta.

«¿Y si la maté yo?», se cuestiona. Esa es la pregunta del millón. La pregunta cuya respuesta no ha sido capaz de conseguir. Todavía no recuerda nada. Le empieza a sonar el rostro de Carolina, pero no sabe si es porque ya la conocía o porque ya la ha visto un millón de veces en todos los telediarios.

«¿Y si Lía sabe lo que hice y me delata? ¿Y si, en este mismo momento, está pensando en ir a la policía? ¿Y si ya me ha delatado?», se estremece Inés solo de imaginar.

Al final, el peso de cada pensamiento la asfixia. Inés no lo soporta más. Tiene que ir a ver a Lía. Tiene que verla antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 15

Su dedo tembloroso presiona el timbre. No sabe cómo va a ir la conversación, pero espera salir de ahí sintiéndose a salvo, segura.

Lía abre la puerta vestida con unos leggings negros, un sujetador deportivo y unas muñequeras rosas.

—¡Inés, qué sorpresa! —berrea Lía con una amabilidad exagerada. Jadea como si acabara de subir las escaleras de la Torre Eiffel y añade—: Pasa, mujer, pasa.

Antes de darse cuenta, Inés está atravesando el amplio y luminoso recibidor de su casa. Parece sacada de una revista de viviendas de lujo. Techos altos, muebles blancos e impolutos y obras de arte auténticas llenan la estancia.

En el televisor de plasma se ve a una mujer haciendo ejercicios al ritmo de una canción de Madonna, aunque el volumen está al mínimo y tarda en reconocerla.

Lía apaga el televisor y sirve en dos vasos largos un zumo verde poco apetitoso.

—Eh... —balbucea Inés mientras acepta a regañadientes esa bebida con grumos a base de apio, espinacas y seguro que pepino —. ¿Te pillo en mal momento?

—¡Para nada! ¡Estaba a punto de acabar! —Lía bebe de su

vaso, se seca la frente con una toalla y prosigue—: Dime, ¿qué necesitas? ¿Está todo bien?

Inés deja el vaso sobre la mesa, respira hondo y escupe:

—Es sobre lo que dijiste ayer... —carraspea y sigue—: Lo que hablamos en el baño...

Lía la agarra de la muñeca y la arrastra con dulzura hasta la chaise longue de color beige del salón.

Una vez sentadas, responde:

—Entonces, ¿lo has hecho ya? —pregunta Lía—. ¿Por eso estás así?

—¿El qué exactamente? —inquiere Inés, atemorizada. Le cuesta respirar.

—¿Cómo que el qué? —pregunta Lía entre risas. Al ver el rostro severo de su amiga, su expresión se endurece también—. Ah, ¿es en serio?

—Verás... —se traba Inés—. El otro día me di un buen golpe en la cabeza y estoy teniendo... Problemas para recordar algunas cosas...

—¿Qué dices? ¿Y qué te han dicho en el médico? ¿Te pondrás bien?

—No he tenido tiempo de...

—¿No has ido a que te miren la cabeza? —le reprocha Lía casi con ofensa, sorprendida—. Tienes que ir enseguida...

—Lía, lo que necesito saber es a qué te referías.

—Me refería al divorcio.

—¿Di...vorcio? —repite ella, confundida, para cerciorarse de que ha oído bien.

Ladea la cabeza, con el ceño fruncido, sin comprender del todo a qué se refiere.

—Te querías divorciar, pero antes querías demostrar que Guillermo te estaba engañando. Te recomendé un detective, pero insististe en que ya tenías a alguien en mente... —Mientras Inés trata de aceptar esa realidad, Lía clava sus ojos en ella, impresionada por su expresión de desconcierto—. Vaya... ¿De verdad no te acuerdas?

Por un lado, se siente tranquila. Lía no sabe nada de Carolina. No sabe lo de la habitación. Su secreto está a salvo. Nadie la descubrirá. Pero, por otro lado, le viene de nuevo esto del divorcio. Nota que están distantes, ¿pero tan mal les va? ¿Le está engañando Guillermo con otra? Y de ser así, ¿con quién? ¿Quién es la otra mujer?

—Lía, ¿te dije quién era la amante de mi marido?

Lía ladea la cabeza.

—No. No me lo quisiste decir.

Inés se pone en pie. Ya ha descubierto todo lo que quería saber, así que está preparada para marcharse. Sin embargo, nota un

repentino hormigueo y un temblor en las piernas.

Antes de que pueda dar dos pasos, se desvanece y todo se vuelve oscuro.

CAPÍTULO 16

La quinta vez que Lourdes aporrea la puerta de la autocaravana, sale un hombre flacucho, de barba rubia desaliñada y ojos verdes cansados. Viste una camiseta de Nirvana y unos pantalones de chándal grises agujereados.

A Lourdes le sorprende lo rápido que ha encontrado a Asier, teniendo en cuenta las vagas indicaciones de Amaia: «Suele aparcar su casa frente al casino de las afueras».

La primera impresión que tiene de él es que es un hombre dejado y que está en los huesos. Todo el interior de la autocaravana huele a fritura, aunque la inspectora prefiere no decir nada y esforzarse en no respirar demasiado. Se tiene que concentrar en el asesinato de Carolina.

Asier se frota los ojos, para quitarse las legañas, y dice casi en un bostezo:

—¿Qué pasa?

Su voz suena afónica.

—Policía... —anuncia Lourdes, está vez ya con la placa preparada en mano—. Se trata de Carolina Castañeda, ¿puedo pasar?

—¿Carolina? —inquiere, indignado—. No sé qué os habrá dicho, pero es una perra y una mentirosa.

—¿Perdone...? —balbucea Lourdes.

—Ya me has oído.

—Imagino que no sabe que ha sido asesinada, ¿no?

En ese momento, el rostro de Asier se vuelve pálido como la nieve. Lourdes no termina de decantarse si es por la noticia en sí o por haber llamado «perra» y «mentirosa» a una mujer a la que han matado.

*

Quince minutos después, cuando la inspectora Veiga ya ha puesto al corriente de la situación a Asier, él dice:

—Joder... —balbucea, afectado y tenso—. No sabía nada, de verdad. Me acabo de despertar. Lo de antes... Bueno, estaba cabreado. Pero no iba en serio. ¡Estaba enamorado de ella, joder! ¡Jamás le haría daño!

—Nos han contado que tuvisteis un pequeño altercado en el Clement's Cabaret, donde ella trabajaba... —puntualiza ella, sosegada, esforzándose por no sonar acusatoria—. ¿Me puede decir por qué?

—Eso fue una chorrada.

Lourdes no se inmuta. Espera una respuesta como Dios manda.

—No teníamos la relación más estable del mundo, pero cuando estábamos juntos todo era perfecto. Nos queríamos

mucho —suspira y prosigue—: Lo dejábamos cuando estábamos mal, discutiendo en caliente y eso, pero luego volvíamos. Siempre era así...

—¿Y qué pasó esa noche? Te echaron del bar, ¿no?

En ese momento, Asier aprieta los labios con fuerza y se cruza de brazos.

—No fue tan grave... Fui a pedirle que volviéramos. ¡Y me dijo que no! Evidentemente, me quedé flipando. ¿Por qué de repente no me quería? Así que, me enfadé un poco con ella y le exigí que me contara por qué...

—Y... ¿Por qué no quería volver?

Asier ladea la cabeza, como si le costara recordarlo, hasta que finalmente explica:

—Me dijo que se había cansado de esto. Que quería estar sola.

Lourdes entrecierra los ojos, tratando de leer sus pensamientos y dictaminar, en su cabeza, si le ve capaz de matarla o no. En ese instante, Asier parece darse cuenta del motivo de su visita. No ha venido a informarle y a compadecerse de él. Ha venido a acusarle. Ha venido porque es sospechoso.

—¡Un momento! ¿Crees que yo la maté? ¡Yo jamás le haría eso!

Asier rebusca entre un montón de ropa sucia y encuentra con dificultad una caja de fieltro en el bolsillo de unos vaqueros desgastados. Acto seguido, la abre y le enseña a la inspectora un anillo de diamantes, que seguramente le haya robado a alguien o haya ganado en alguna acalorada partida de Blackjack en el casino.

—Se lo agradezco, pero yo soy mujer de un solo hombre... —balbucea ella en tono de broma, en presencia de ese pedrusco, casi sin poder contenerse.

—¿Qué? —cuestiona él, confundido, como si la hubiera oído, pero no la hubiera entendido.

—Nada, nada —Lourdes se humedece los labios y añade—: Pero eso no prueba nada. De hecho, me da un motivo más para sospechar de usted.

—¡Pero si yo la quería! ¡Me quería casar con ella!

Mientras grita, exasperado, agita el anillo y se lo acerca al rostro de la inspectora.

—Eso... O le pidió matrimonió, ella le rechazó y usted la mató en un ataque de ira... Es más común de lo que cree.

Esas palabras se le clavan en el pecho a Asier. En vez de irritarse y darle un puñetazo a la pared, como haría en estas situaciones, agacha la cabeza. Le duele en el alma tener que estar pasando por esto.

—Juro que yo no la maté. La quería... Y la quiero...

—Entonces tendrá una coartada... ¿Dónde estaba la noche del pasado 16 de agosto?

Asier levanta la cabeza, animado.

—¡Tengo coartada! He estado en el casino este que abre veinticuatro horas —afirma con convicción—. Tuve una muy buena racha en la ruleta. Ellos lo confirmarán.

—De acuerdo. Comprobaremos su coartada, Asier.

Él asiente, un poco más relajado. Antes de que la inspectora se dé media vuelta y se aleje, él susurra con un temblor en el habla:

—Espero que encuentren al cerdo que le hizo eso a Carolina.

CAPÍTULO 17

La inspectora Veiga se aleja del aparcamiento de autocaravanas, pensativa. Si la coartada de Asier se sostiene, no tiene muy claro quién pudo matarla. La sospecha del exnovio tóxico y violento siempre da que pensar, pero tiene la intuición de que Asier no fue.

Suponiendo que el crimen fuera perpetrado por el asesino y un cómplice, como ella cree, Asier encajaría más en el perfil de cómplice, lo cual no tiene sentido.

Este tipo de crímenes, cuando los comete un novio despechado, suelen ser torpes e impulsivos. Un arrebato de celos, gritos, un golpe o un empujón mortal. Siempre hay cabos sueltos o hilos de los que tirar. Pero este no es el caso.

La habitación sin registro de huéspedes o el cuerpo sacado sin dejar rastro apuntan a que fue planeado.

¿Asier? Podría haberla matado impulsivamente, sí. Pero, de ser así, lo habría hecho en un hotel corriente que se pudiera permitir. Como habría sido improvisado, se habría registrado o habría pagado con tarjeta y lo habrían descubierto al instante.

¿Y si hubiera sido cómplice? Tampoco tiene sentido. Se nota que la quería. ¿Cómo iba a prestarse a quemar el escenario del crimen? No encaja. No es imposible, pero sí poco probable. Una vez dentro

de su Volkswagen Escarabajo, la inspectora revisa un mensaje nuevo en el buzón de voz. Es del agente Lafuente y dice:

«Inspectora, ven a la comisaría cuando puedas. Tenemos al hombre. Tenemos al hombre que iba con el bidón de gasolina. Hemos hablado con un testigo. Estamos enviando fotos a la prensa».

CAPÍTULO 18

Es la tercera vez que Guillermo lee el último SMS que le han enviado. «Nos vemos en el muelle dentro de dos horas». Va bien de tiempo. Dentro de una hora estará ahí.

Se siente relajado. Toda esta pesadilla está a punto de acabar. Pronto se divorciará y empezará de cero. Venderá la casa y se mudará a la ciudad y, dentro de unos años, apenas se acordará de esto.

Guillermo mira por el espejo retrovisor para asegurarse de que las dos bolsas deportivas Nike siguen en los asientos traseros. No puede evitarlo. Tiene que asegurarse de que conserva el medio millón de euros que lleva ahí en billetes pequeños.

Sus ojos apuntan de nuevo a la carretera. Se siente en paz.

CAPÍTULO 19

Entra en la consulta un doctor con la cabeza baja, enfrascado en unos papeles. Es un hombre de mediana edad, gafas rectangulares y aire severo. Tiene una fina barba canosa, perfectamente recortada. Huele a desinfectante y a papel.

Después de todas las pruebas y exámenes médicos que le han hecho, Inés está deseando irse a casa y darse una buena ducha.

No sabe cómo agradecerle a Lía que la haya traído al hospital. Al parecer, ha tenido un desmayo. Nada grave, ya que la chaise longue de Lía ha amortiguado su caída. Si se hubiera golpeado con la escultura de mármol que hay junto al sofá y que cuesta dos riñones, quizás la historia sería diferente.

Inés ha abierto los ojos cuando unos enfermeros trataban de sacarla del Range Rover para meterla en una camilla.

—Bueno, señora Salvatierra... —comienza a decir el hombre mientras encaja la puerta. Tiene una voz grave, didáctica, que transmite confianza y calma—. Parece que te diste un buen golpe.

Inés asiente con la cabeza.

—Al parecer, el golpe te causó una conmoción cerebral— toma asiento, se acomoda con calma y prosigue—: Eso explica por qué tienes dificultad para recordar algunas cosas.

Antes de que Inés pueda preguntar si se va a morir, el doctor aclara:

—No vemos daño estructural grave, pero es importante que descanses estos días. Si notas mareos, visión borrosa, dolores de cabeza o náuseas, ven al hospital, ¿de acuerdo? —el doctor aparta su mirada tranquilizadora de Inés y teclea algunas cosas en su ordenador, mientras añade—: Te programaré un par de citas en las próximas semanas para irte haciendo seguimiento. Tu cerebro necesita recuperarse.

Inés sabe que es hora de irse. El largo silencio que baña la consulta se intensifica. Entonces, se pone en pie y, en lugar de despedirse, pregunta:

—¿Recuperaré la memoria?

El doctor asiente, levemente, mientras reflexiona. Se toma su tiempo antes de responder:

—Es probable, sí. A veces la gente logra recordar de forma fragmentada, días o semanas después —entonces se encoge de hombros y balbucea—. Otras veces no.

CAPÍTULO 20

La cafetería del hospital no es el mejor sitio para tomar algo, pero es donde están ahora Inés y Lía. El aroma a café recalentado y a alcohol antiséptico se mezcla, convirtiéndose en un perfume difícil de ignorar. Las luces fluorescentes y las conversaciones bajas le dan un aire lúgubre al lugar.

Inés remueve su café aguado con una cucharilla de plástico mientras Lía la observa, preocupada, rehusándose a probar el croissant de mantequilla blando que le han servido.

—¿No vas a contarme qué ha pasado? —dice Lía, al fin, bastante impaciente. Parece ofendida, como si fuera la víctima en todo esto y mereciera una explicación—. Me has dado un susto de muerte. Creo que me van a multar por exceso de velocidad por tu culpa y todo...

Inés suspira y se echa hacia atrás en su respaldo.

—Nada. El otro día me di un pequeño golpe... —balbucea ella—. Por eso el desmayo. Pero estoy bien. De verdad. No me pasa nada.

—Maldita sea, Inés... —protesta sin levantar demasiado la voz—. Sigues sin confiar en mí, ¿verdad? Ya sé que no te caigo demasiado bien, pero me confiaste lo de tu divorcio y te quise ayudar.

Inés le gira la cara y resopla. «Lo que me faltaba. Un sermón

de Doña Perfecta», piensa Inés.

—¿Puedes mirarme al menos cuando te hablo? —exige Lía, molesta.

—Gracias por traerme al hospital, en serio —responde Inés, a regañadientes—. Pero eso no te da derecho a saberlo todo sobre mí.

Se forma un silencio agridulce; un intercambio de miradas llenas de culpa y victimismo.

—¿Entonces no quieres que te cuente lo que me dijiste de tu marido? —le lanza ella, con una dosis venenosa en el habla.

Inés la mira derrotada; ha perdido el poder en esta conversación y lo sabe.

—Cuéntamelo.

Después de unos instantes, Lía cede, presumiendo así de su comprensividad, y responde:

—¿Vas a empezar a respetarme?

Inés asiente, sin demasiada convicción. Lía desliza ambas manos sobre la mesa, con los dedos enlazados. Su rostro toma un aire crítico.

—Te encontré en una cafetería hace un mes, más o menos. Nos cruzamos de casualidad.

Inés se inclina hacia delante, con curiosidad. ¿Se fía de su versión de los hechos? ¿Será verdad esto que le está contando?

—Estabas con tu portátil buscando abogados. Al principio me lo negaste, pero luego me acabaste diciendo que te querías divorciar de tu marido.

—¿Qué más?

Lía hace memoria y repasa los hechos durante unos instantes.

—Dijiste que sospechabas que te había sido infiel, pero que no sabías cómo demostrarlo.

—¿Y...?

—Te hablé de un detective privado, pero no quisiste saber nada de eso. Parecía que tenías claro cómo lo ibas a descubrir.

—Entiendo...

—Por eso, cuando te noté rara el sábado, te pregunté si ya te habías divorciado.

—Pues, no lo sé... —responde Inés, ladeando la cabeza con un deje de frustración—. No recuerdo si reuní las pruebas o qué pasó, la verdad...

—Sea como sea, ya sabes que estoy aquí para lo que haga falta, Inés. Y, si necesitas, te puedo recomendar un buen abogado. Es el que ayudó a mi prima con su divorcio.

Inés la observa con detenimiento y sonríe con falsedad. Sigue sin fiarse de ella, pero decide creer en lo que le ha contado. Ahora mismo, es la única realidad a la que puede aferrarse. Y, de todos modos, cuando consiga recordar, sabrá si es verdad o no.

Lía parece inofensiva en estos momentos, es verdad. Pero Inés no termina de creérsela.

Ella, hace no mucho, estaba lejos de esta vida lujosa, y aún no termina de confiar en las de su especie: personas con la realidad alterada, que han nacido ya con una herencia millonaria a su nombre.

CAPÍTULO 21

La inspectora Veiga entra en la sala en la que está trabajando el agente Lafuente. Él está inmerso, observando de cerca un corcho en el que han ido pegando fotografías y notas con detalles del caso.

Lourdes entra con una bolsa a rebosar de comida china que ha comprado por el camino. Como conoce la dedicación de su compañero, se imagina que no habrá comido nada en horas.

—He venido en cuanto he escuchado tu mensaje... —saluda la inspectora, dejando sobre la mesa de madera una bolsa repleta de arroz frito, pollo a la naranja y rollitos de primavera.

El agente Lafuente se voltea, mira la bolsa de comida y pone en duda su afirmación.

—Esto era una parada de emergencia —se defiende al momento la inspectora, entre risas—. ¿Novedades?

El agente Lafuente se sienta en la silla y empieza a desgarrar la bolsa de plástico. No quiere que la inspectora vuelva a llamar a su mujer para decirle que no está comiendo nada.

—Tenemos a dos unidades y varios voluntarios rastreando el bosque con perros—explica él—. De momento no han encontrado nada, pero siguen buscando.

Lourdes asiente mientras examina el corcho. Su compañero, sin levantarse de la silla, alarga el brazo y alcanza una fotografía que hay clavada en el corcho.

En la imagen se ve a un hombre musculoso, con la cabeza rapada y un tatuaje de una mamba negra enroscada por todo su cuello.

—¿Quién es nuestro amigo?

—El hombre del bidón de gasolina... —explica él—. Nos llamó el encargado de una gasolinera que hay a unos treinta kilómetros del Hotel Villamar. Resulta que vio a un hombre, a eso de las siete y media llenando un bidón. Tenía prisa, estaba nervioso y pagó en metálico. Y las horas coinciden.

—Ajá...

—El de la gasolinera nos dio la descripción de un hombre con un tatuaje de serpiente en el cuello y la base de datos nos llevó a él... —hace una pausa dramática y añade—: Julio Duarte Villalobos.

—¿Y tiene antecedentes por...? —pregunta la inspectora, alargando las sílabas con intención de ser interrumpida.

—Fue el principal sospechoso del asesinato de su mujer.

—Me acuerdo. Fue un caso mediático... —comenta la inspectora en una cadencia lenta, haciendo memoria—Nunca encontraron el cadáver, me parece.

—No —afirma al momento—. Al final lo etiquetaron de accidente y cerraron el caso. Nunca se supo la verdad.

—Esto promete —dice la inspectora, entusiasmada, mientras sopesa todas estas novedades, y entonces pregunta—: ¿Sabemos dónde vive? ¿Es de por aquí?

—Vive un poco lejos—explica él—. La policía de Coto Blanco ha acudido a su apartamento esta mañana, pero no le han encontrado. Lo están buscando.

—¿Se habrá dado a la fuga?

—No lo sé... —confiesa, con desconcierto—. De todas formas, estamos haciendo circular su cara por toda la prensa. Le encontraremos.

CAPÍTULO 22

Guillermo aparca el coche en un estacionamiento vacío y camina durante quince minutos por el muelle. Una espesa nube de niebla lo cubre todo. Apenas distingue las lanchas y los yates amarrados que va dejando atrás.

Desfila por una pasarela eterna hasta que llega a su yate motovelero blanco. En estos momentos, lamenta haberlo bautizado como El Salvatierra. Qué se le va a hacer. Antes sí que la quería. Fue un acto de amor, un gesto romántico que prueba cómo es él en verdad.

Guillermo reposa las dos bolsas deportivas en el suelo y aguarda. Cuando recibió el primer SMS de su socio, diciéndole que tenía el cuerpo, pero que no le había dado tiempo a quemar la habitación, se irritó.

Pensó que la había cagado y que lo iban a pillar por su culpa. En ese momento, Cayetana le estaba hablando de alguna chorrada y no se permitió desmoronarse ni venirse abajo. Tuvo que respirar hondo y mantener la compostura. Fingir que todo iba bien. Que todo era normal.

Tampoco tenía derecho a enfadarse. Se lo había pedido con

poca antelación. Bastante era que hubiera conseguido sacar el cuerpo de allí. Eso le apaciguó.

¿Hay huellas dactilares suyas en la habitación? Sí. Pero no tienen forma de cotejarlas con las suyas ni de relacionarlo a él con esa habitación, así que está tranquilo.

Una voz airada y varonil le saca de sus pensamientos. Un hombre alto, esbelto y con un tatuaje de una mamba negra en el cuello se encamina hacia él.

Julio Duarte cruza la pasarela y se sitúa a medio metro, mientras dice:

—Qué puntual...

—Por supuesto —responde Guillermo y añade con inquietud—: ¿Dónde está el cuerpo?

—Ha habido un pequeño cambio de planes, amigo.

Su voz se tiñe de un tono burlón que a Guillermo no le gusta.

—¿A qué te refieres, Julio? ¿Dónde está Carolina? ¡Era parte del trato!

A Guillermo se le hiela la sangre. Algo va mal. Muy, muy mal. Julio no está siguiendo el plan.

Ambos tenían que encontrarse, él le daba medio millón por su trabajo y su silencio y Julio le entregaba el cuerpo para ocuparse de él.

—¿No has visto las noticias? —inquiere, molesto, sacando pecho—. No sé cómo, pero me han identificado. Me están buscando.

—¿Có...Cómo? —se traba Guillermo, notando un sudor frío que le empapa todo el cuerpo—. No he visto nada...No...

—Cálmate. No te voy a delatar, pero te va a salir más caro.

—¿Cómo de caro? —pregunta Guillermo, de malhumor.

No le gusta tener que negociar sobre algo ya pactado. Esto suena a chantaje. Y, lo peor es que tiene que ceder a sus condiciones. Eso es lo que más le fastidia; que no se puede negar.

—Con medio millón no me da para empezar de cero... —Julio medita durante unos segundos, acariciándose la barbilla con una sonrisa burlona—. Cinco millones.

—¿Cinco millones? —repite Guillermo, sulfurado—. ¿Qué te crees? ¿Qué los tengo debajo del colchón o qué?

—¿Quieres que me encuentren y que les diga lo que sé de ti? ¿Es eso?

Guillermo está a punto de protestar, pero Julio se adelanta con soberbia:

—Haz lo que tengas que hacer. Te doy dos días.

Entonces, Julio acorta la distancia entre ambos y se hace con las dos bolsas deportivas.

—De momento, iré tirando con esto.

—Escúchame, yo... —trata de explicar Guillermo, con un nudo en la garganta. No es capaz de contener la desesperación que está creciendo en sus tripas.

—Colega, no estoy negociando. Cinco millones es un precio razonable, teniendo en cuenta lo que vale mi silencio... ¿O prefieres acabar en la cárcel?

CAPÍTULO 23

El agente Román se dirige con cara de preocupación a la sala en la que el agente Lafuente y la inspectora están conversando.

Tiene una noticia importante que darle a la inspectora. Viene tan acelerado con lo que ha descubierto que se ha caído de la bicicleta y ha arrollado a un hombre un tanto gruñón.

Sin llamar a la puerta, el agente Román cruza el umbral de la puerta y se abre paso, irrumpiendo de golpe en la sala. Se sienta en la mesa, sin pensarlo dos veces, y comenta con entusiasmo:

—Uh... Rollitos de primavera...

Mientras sus dedos sucios le roban el último rollito al agente Lafuente, añade:

—Tenemos un problema.

La frase funciona para captar su atención. Ambos le miran fijamente, desconcertados.

—Es sobre el exnovio de la víctima... Resulta que nos mintió...

El agente Román hace una pausa para masticar y tragar lo que acaba de meterse en la boca. Entonces, disecciona con el cuchillo de la inspectora un pedazo de pollo a la naranja que hay en una de las bandejas de plástico.

—¿Cómo que nos mintió? —insiste la inspectora, impaciente al ver que el agente Román ha decidido repartir la información a cuentagotas.

—He estado en el casino, confirmando su coartada y... Estuvo hasta la una de la madrugada. Luego se fue.

—Así que, podría haberla matado... Tuvo tiempo—comenta el agente Lafuente.

La inspectora se pone en pie. Está indignada. ¿Cómo se atreve a mentirle de esta forma? ¿Qué se pensaba? ¿Qué no iban a confirmar su coartada?

Ese hombre se la ha jugado, así que ahora va a hacerle una visita y no será tan amable.

—¿Crees que él la mató? —cuestiona el agente Lafuente.

—No tiene pinta de que fuera él... —medita la inspectora—. Pero me ha mentido, y quiero saber por qué. Algo oculta.

—¿Quieres que te acompañe? —propone él mientras la inspectora avanza a paso ligero hasta la salida.

—No. Quédate, investiga a Julio Duarte y el caso de su mujer, y avísame si hay alguna novedad.

CAPÍTULO 24

Después de hacer una rápida visita al casino veinticuatro horas que hay a las afueras, en la que ha perdido diez euros en una tragaperras, y de visitar un par de aparcamientos cercanos, Lourdes ha encontrado la autocaravana de Asier en un bar de carretera.

Se trata del Biker Bar. Es uno de esos tugurios que sirve alcohol barato y comida precalentada. Tiene un billar, un futbolín, dardos y un toro mecánico que encienden los fines de semana por la noche. Si aguantas más de dos minutos, te sale la cuenta gratis, pero a esas horas la clientela está tan borracha que nadie aguanta más de dos segundos.

Lourdes cruza el umbral y una campana anuncia su llegada a los pocos clientes que hay, aunque nadie le hace caso.

¿Desentona una mujer como ella en un antro como este? Sí, pero la inspectora no se deja achantar por el aire viril que se masca.

Echa un escupitajo al suelo, como ha visto hacer a algunos hombretones por la acera, y saca pecho. El camarero la fusila con la mirada, suspira y se encamina al almacén a por la fregona.

Lourdes reconoce al momento al chico con la camiseta de Nirvana que está sentado en uno de los sillones de cuero rojo.

En esos momentos, Asier está acariciando la mano de una mujer que Lourdes no alcanza a ver. Por cómo le brillan los ojos, parece que está enamorado. Hay dulzura en su expresión.

Lourdes se dirige a ellos a paso raudo, imaginando la cara de sorpresa que va a poner Asier.

—¿Qué hay, parejita...? —comienza la inspectora, en tono burlón, aunque deja la frase inacabada.

Cuando está a pocos centímetros de ellos, su mandíbula se desencaja. La ve. Ve a la mujer con la que está. No lo puede creer.

—¿Amaia...?

—¿Inspectora? —pregunta Amaia, más sorprendida que asustada, con los ojos abiertos como platos. Su rostro se vuelve una imitación de El Grito de Munch.

Asier le suelta la mano y la aleja rápidamente, como si al hacerlo deprisa supusiera que nunca ha pasado.

—Así que... Vosotros... ¿Estáis...? —balbucea la inspectora, aceptando lo que supone este descubrimiento.

Acto seguido, agarra una silla y la acerca al borde de la mesa.

—No, nosotros no... —empieza a negar Amaia, abrumada.

—No estábamos haciendo nada. De verdad—niega finalmente él.

—No, no. Si lo entiendo... —afirma la inspectora con miradas apresuradas, como si siguiera un partido de tenis—. Ahora me

cuadra todo.

La inspectora hace una pausa y mira de forma contundente a Asier:

—Nos mentiste con tu coartada.

—No, yo... —trata de explicar, aunque se traba en el intento.

—Como tenías un romance con la amiga de Carolina, os compinchastéis para matarla y poder estar juntos. ¿Me equivoco?

—¡Eso no fue lo que pasó! —berrea Asier, sulfurado, sin dar crédito a lo que acaba de decir la inspectora—Yo no la he matado, joder. No le haría daño a Carolina...

En esos momentos a Asier le gustaría tener su pelota antiestrés. Le ayuda mucho a contener sus ataques de ira.

Está tan frustrado que, si pudiera, le daría un puñetazo a la pared. Sin embargo, es de ladrillo, y sabe que podría romperse algún hueso, así que no lo hace.

Se le ha hinchado la vena del cuello y la frente, y empieza a notar el ritmo frenético de su respiración.

Amaia, por otro lado, está avergonzada, con la cabeza gacha. Toda la culpabilidad que ha debido estar reprimiendo durante su romance con Asier, está aflorando ahora. Sus poros son un jardín de flores avergonzadas.

La inspectora lo nota. No es tonta. Ve en el rostro lleno de chulería de Asier el argumento «Pero nos queremos. No estamos

haciendo daño a nadie», que seguro le ha estado repitiendo a Amaia.

En cambio, en las microexpresiones de disgusto de ella, ve la réplica «Carolina es mi amiga. No tendría que estar haciendo esto, Asier. Eres su exnovio».

—¿Lo niegas? —inquiere la inspectora, entrelazando sus dedos y deslizando sus manos sobre la mesa pegajosa de madera.

—Claro que sí. Yo no he matado a Carolina.

—¿Y por qué me mentiste, Asier?

—¿Cómo...?

—Me dijiste que estuviste toda la noche en el casino, pero allí dicen que te fuiste a la una... Así que te habría dado tiempo a matarla...

—¿Mentiste a la policía? —le pregunta Amaia, irritada—. Me dijiste que les habías contado la verdad—Amaia dirige sus ojos a la inspectora y añade con honestidad—: Después de tu visita, llamé a Asier y le dije que sabían que él había estado en el bar y que teníamos que contar la verdad. Al principio, no quiso, pero acabó cediendo. ¡Y luego me dijo que os había dicho que estábamos juntos y que no pasaba nada!

—Lo iba a hacer, pero... —empieza diciendo, de cara a ella, y luego se voltea a la inspectora—. Sabía cómo quedaría esto.

Sabía que nos juzgarían antes de tiempo...

Asier se frota la cara, suspira para calmarse y prosigue:

—La noche en la que mataron a Carolina, estábamos juntos. Somos pareja y la coartada del otro. Y sé que suena sospechoso. ¡Me imaginaba cómo iba a sonar! Por eso mentí...

La inspectora deja que la conversación repose durante unos segundos. La calma, en estas situaciones, va bien. Las cosas se aclaran mejor si uno está tranquilo y no deja que los nervios lo acorralen.

—¿Hace cuánto...? —pregunta finalmente la inspectora.

—Un mes—decreta él.

—Fue cuando Carolina y él ya lo habían dejado. Ella ya estaba con el hombre misterioso. Asier vino una noche a casa para recuperarla y... empezamos a charlar...y pasó... —termina de concretar Amaia, tratando de ganarse la empatía de la inspectora.

—Entonces, ¿por qué fuiste al bar, Asier? —pregunta Lourdes y, antes de dejar que él responda, prosigue—: Si ya estabas con Amaia ¿por qué la fuiste a ver?

La pareja se mira por unos instantes. Amaia asiente levemente, como si le estuviera dando permiso para hablar.

—Amaia me dejó. Se sentía demasiado culpable... — tartamudea él, mordiéndose la lengua para no soltar su opinión contraria sobre el asunto—. Fui al bar para contarle a Carolina que estaba

enamorado de Amaia y que queríamos su bendición, pero Amaia me pilló y me echó a patadas.

CAPÍTULO 25

Guillermo contempla, nervioso, el brillo de sus mocasines. Está cabizbajo, moviendo la pierna con ímpetu mientras repasa e intenta comprender cómo demonios ha acabado así. Está jodido. Entre la espada y la pared.

Sus dos únicas opciones son: reunir esa suma de dinero, que no tiene, entregárselo a Julio y cerrar este capítulo, o negarse a darle el dinero y acabar en prisión. Una de dos.

Mientras aguarda en el porche de la casa adosada de su amigo, Diego Ledesma, no deja de pensar si es buena idea acelerarlo todo. Quizás exista otra forma de salir de este embrollo, aunque de momento no la encuentre.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Diego en tono neutral tras abrir la puerta.

Es domingo y tiene follón en casa. Está intentando montar la cuna de su, aún por nacer, primer hijo. Su mujer está descansando. Los mareos que ha estado teniendo por el embarazo la agotan demasiado.

A Guillermo le sorprende ver a su amigo así, vestido de chándal y no con uno de sus caros trajes. Pero, aún vestido así, destila elegancia y profesionalidad.

—Necesito consejo legal.

Diego asiente y se hace a un lado para que pase. No le queda otra. Está ocupado, pero puede hacer una pausa y dedicarle unos minutos a un viejo amigo.

Ambos se acomodan en el salón. Diego, como si fuera una coreografía ensayada, le sirve una copa de brandy; no le queda whisky en casa.

Entonces, sin preguntas cordiales ni preámbulos, Guillermo dice:

—Necesito que me asesores.

—Pues has venido al lugar correcto.

—Quiero vender la casa por motivos personales, ¿de acuerdo? —Guillermo hace una pausa, tratando de ignorar el ceño fruncido y el rostro perplejo de su amigo, y prosigue—: ¿Podría quedarme con todo el dinero de la venta?

—Verás, he estado repasando las cláusulas, y no pinta bien...

—¡La casa la compré yo! —vocifera Guillermo, dándose cuenta demasiado tarde de que ha perdido los papeles. Entonces, respira hondo, y le da otro trago a su brandy.

Diego, que está acostumbrado a llevar divorcios, y los gritos hostiles son el pan de cada día, responde con profesionalidad:

—Según los papeles, la propiedad pasó a ser de ambos por vuestro régimen de matrimonio. Pero, en caso de divorcio, la

propiedad vuelve a ser tuya.

—Ya... —asiente Guillermo mientras aprieta la mandíbula —.Entonces, ¿no puedo vender la casa sin su permiso?

—Ahora mismo no, amigo. Lo siento.

Guillermo chasquea la lengua, irritado. Nunca debió haberse casado con Inés, en primer lugar. Todo esto es culpa suya. La casa la compró él. Él debería poder hacer con ella lo que quisiera. No es justo.

—La puedes convencer de que venda la casa o le puedes pedir el divorcio y venderla tú, aunque el trámite tardaría varios meses.

Guillermo ha dejado de prestar atención. Se ha desconectado. No le sirve ninguna solución. Necesita el dinero ya. Solo tiene dos días para conseguirlo.

—¿Estás en algún apuro financiero, Guillermo? —pregunta él, con pies de plomo.

Conoce a su amigo y por su cara intuye que algo grave le ocurre, aunque es demasiado orgulloso como para admitirlo.

Guillermo se encuentra en una encrucijada. Podría comentarle la situación en la que está metido. Seguro que él sabría qué hacer, pero eso supondría revelarle demasiado.

No. No puede hacer eso. Sería peligroso. Bastante tiene con tener que pagar el silencio de Julio. No quiere más gente en el ajo. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Tranquilo, Diego—afirma con toda la serenidad que consigue reunir mientras se pone en pie—. Solo quería saber un poco la situación actual en la que estoy. Ya venderé el piso cuando nos hayamos divorciado. No hay prisa.

—De acuerdo—dice él, poniéndose en pie para acompañar a su amigo a la puerta—. Pero ya sabes que, para cualquier duda, aquí me tienes. Me pondré con esos papeles esta semana.

CAPÍTULO 26

Mientras Guillermo conduce su Aston Martin por la autopista, sabiendo que aún le queda un largo viaje por delante, no puede evitar pensar en el agosto de hace dos años.

Allí empezaron sus problemas. En el fondo sabe que, si está metido en este lío, es por esa noche; la madrugada del 29 de agosto.

Ha intentado olvidarla. Ha intentado dejar atrás esa noche, pero lo que ocurrió entonces le persigue. Se aparece cuando menos se lo espera, en forma de recuerdo o de pesadilla. No puede escapar de eso.

Si las cosas no hubieran ocurrido de esa forma, quizás nada de esto habría pasado.

*

Hace dos años

Guillermo e Inés brindan con champán, aunque apenas son las seis de la tarde. El sol brilla con fuerza y el olor a agua salada impregna la cubierta del yate.

Llevan cuatro años juntos y siguen enamorados el uno del

otro. Aprovechan cada momento a solas para comerse a besos y decirse cuánto se quieren. Es entrañable.

Julio Duarte, un hombre que Guillermo conoció en el puerto hace unos meses cuando hablaban de sus respectivos yates, ha traído a su recién esposa, Gemma.

No es la primera vez que hacen esto: salir a navegar al atardecer. Inés y Gemma se llevan de fábula. Congeniaron al momento. No tienen mucho en común, pero siempre surgen temas de conversación que derivan en risas cómplices.

Al cabo de un rato, los cuatro se reúnen en la proa para brindar en honor a estos encuentros.

—Por nosotros... —comienza diciendo Julio, emocionado, mientras todos elevan su copa al aire—. Por las buenas amistades. Entonces, antes de que los cristales choquen unos con otros, Guillermo susurra:

—Y por el amor.

Luego, con cautela, cuando todos terminan de juntar sus copas entre sí, le dedica una mirada rápida a Gemma y ella se la devuelve a él.

CAPÍTULO 27

—¿Ha habido suerte? —pregunta la inspectora a la vez que entra en la sala en la que han comido este mediodía. Carga dos vasos de plástico con café aguado de la máquina de la planta de abajo; la de esta se come el cambio.

El agente Lafuente aparta la mirada del papeleo que lleva releyendo toda la tarde y la mira con desconcierto. Consulta el reloj de pared y se sorprende al ver lo tarde que es.

—¿Ya se han ido todos? —pregunta él, aún algo desorientado. Mira por la ventana y descubre que ya es casi de noche.

—Eso parece... —añade ella mientras toma asiento frente a él y le desliza uno de los vasos con café—. Siempre somos los primeros en llegar y los últimos en irnos.

—Hay cosas que nunca cambian—afirma el agente Lafuente, agarrando el vaso con agradecimiento—. He descubierto alguna cosa, pero todo esto es muy sospechoso.

—Define «sospechoso».

Él le da un trago generoso a su café, hace su habitual mueca de asco al probar esa bebida con sabor a metal y responde:

—Los hechos—anuncia él, proyectando la voz—. A ver, hace dos años, cuatro individuos salen a navegar en un yate. De madrugada,

según su testimonio, dos de ellos escuchan el grito de su mujer, Gemma Foz. Cuando salen de su camarote, no está.

Ellos testifican que creen que se ha resbalado y ha caído al mar.

—¿Fue Julio uno de los que escuchó el grito?

—No—aclara al momento, sin dejar lugar a dudas—. En fin, llaman a la policía, se hacen búsquedas durante unos días, pero al ser una zona de fuertes corrientes, no se encuentra nada.

—¿Por qué sospecharon de él?

—Resulta que tenía antecedentes por violencia. Sobre todo peleas estando borracho, pero la policía lo interpretó como una amenaza. Estuvo bajo el foco, registraron su casa y demás, pero las otras dos personas declararon que cuando salieron a comprobar qué pasaba, Julio seguía en su camarote. Insistieron en su inocencia.

—¿No le pudo dar tiempo a golpearla, tirarla por la borda e irse corriendo a su camarote?

—En el informe pone que no, pero bueno...

El agente Lafuente hace una merecida pausa para aclararse la garganta con lo poco que queda de café, ahora más templado, y continúa:

—A los pocos días cancelaron la búsqueda y dijeron que fue un accidente.

—La pregunta es, ¿hay alguna relación entre Julio y Carolina Castañeda?

—Pues, hay una cosa a la que le he estado dando vueltas— irrumpe él, con emoción—. Las otras dos personas que estaban en ese yate, sí que son de aquí. Viven relativamente cerca del hotel.

—Eso puede significar algo o puede no significar nada... Pero es lo único que tenemos de momento—le concede ella, admirando el excelente trabajo que hace siempre su compañero—. ¿Quiénes son?

—Pues, me ha costado encontrarlo—explica el agente Lafuente —. En los últimos informes están sus nombres tachados. Seguramente sobornaron a mucha gente para no aparecer y borrar todo rastro. Pero he encontrado uno de los primeros informes que se redactó del caso cogiendo polvo...

El agente Lafuente rebusca entre el montón de papeles que se ha estudiado tanto que podría recitar de memoria. Finalmente, da con ese papel y lee en voz alta:

—Se trata de un matrimonio—empieza diciendo—. Guillermo Piera e Inés Salvatierra.

—Perfecto—decreta Lourdes—. Mañana les haré una visita.

CAPÍTULO 28

Ya es lunes. Tiene hoy y mañana para conseguir cinco millones que no tiene. Se ha planteado vender algún órgano vital en el mercado negro, pero la desesperación aún no ha vencido al sentido común.

Por supuesto que tiene un buen patrimonio. Tiene una casa valorada en diez millones, que aún no puede vender, y un yate que le costó en su día seis millones, pero que ahora no vale ni la mitad.

También ha pensado en vender participaciones de su bodega. Pero, por bien que le vaya el negocio, sería difícil conseguir tanto dinero sin perder mucho control. Y eso es algo que no puede permitir. Su padre, fundador de la bodega, que en paz descanse, no se lo perdonaría jamás.

Sale de la cama y, antes de abandonar la habitación, contempla a Inés. Duerme plácidamente, sin saber todo el estrés que está sufriendo él en silencio. Qué injusta es la vida.

«Qué poco falta para que dejes de ser una mantenida y una carga», piensa él mientras imagina cómo será su vida cuando ya no estén casados. Ese pensamiento le roba una sonrisa.

Mientras se prepara un café reparador, calcula sus opciones; no son muchas.

Da un trago, dejando que la cafeína lo serene, pero está demasiado cansado.

Después de darle demasiadas vueltas, Guillermo decide hacerle una visita a Julio. No le queda otra opción. Le hará entrar en razón, negociando con él. Apelará a su lado humano, si es que tiene de eso. Sabe que será difícil, pero no es imposible. Puede que sea la única forma de que todo esto termine.

CAPÍTULO 29

La inspectora Veiga timbra dos veces y aguarda a que alguien le abra la puerta. Contempla desde el porche el cuidado jardín que ha atravesado y la elegante casa blanca que tiene de frente.

Al momento, una mujer robusta, algo más joven que ella, la atiende.

—¿Sí? —pregunta Cayetana, examinando a la mujer con desconfianza, como si fuera el perro guardián de la familia y estuviera sopesando si mover la cola o ladrar.

—Inspectora Veiga, de la policía—anuncia Lourdes enseñando su placa, esta vez sin volcar nada de su bolso—
¿Podemos hablar un momento, señora Salvatierra?

—Yo soy la asistenta. La señora está desayunando en la cocina—Cayetana abre la puerta de par en par y añade con un gesto cordial de mano—: Adelante, por favor.

La inspectora hace un barrido general del recibidor y el salón, intentando adivinar qué tipo de personas viven aquí. Por las obras de arte y los muebles de diseño, se imagina que todo esto les debe haber costado un riñón. Eso es lo único que saca en limpio. Si a ella le tocara alguna de las primitivas que juega, también decoraría su casa así.

Sentada en la isla de mármol de la cocina, la inspectora observa a una mujer joven y atractiva, aunque con ojos de cansancio, mientras escruta un periódico.

La mujer, al advertir la presencia de una desconocida en su casa, suelta un gemido y palidece.

Cayetana aparece por detrás de la inspectora y la presenta antes de subir al dormitorio a hacer la cama:

—Es la policía, señora—explica Cayetana, con indiferencia—Quiere hablar con usted.

En ese instante, a Inés se le olvida cómo respirar. Está paralizada, sintiendo punzadas en el estómago. Se le comprime el pecho. ¿Cómo la han encontrado? ¿Por qué Cayetana ha dejado entrar a una agente de policía sin avisarla? Si pudiera, la despediría hoy mismo. Aquí y ahora.

Le gustaría decir que no es un buen momento. Inventarse alguna emergencia y salir corriendo, pero no puede. Está en blanco.

Hay una agente de policía en su casa, examinándola como si ya supiera que es culpable. No tiene escapatoria. Es su perdición.

—¿Perdone? —dice la inspectora para romper con la eternidad de esa pausa—¿Es buen momento? ¿La pillo ocupada?

—Ay... Lo siento—contesta al fin—Estoy algo dormida, perdón. Tengo un momento, claro.

Inés hace una breve pausa para tratar de relajarse y añade en tono amable:

—¿Quiere algo de tomar?

Rápidamente, un pensamiento intrusivo se cuela en su cabeza: «Si me dice que sí, podría envenenarla y ganar algo de tiempo».

—No es necesario, gracias—niega la inspectora, con la inexplicable certeza de que esta mujer tiene cara de querer envenenarla.

La inspectora toma asiento frente a ella. Mira con curiosidad la página del periódico que estaba leyendo, la que habla del caso de Carolina Castañeda, y comenta:

—Qué casualidad. Yo estoy a cargo de esa investigación—entonces le estrecha la mano y se presenta—Inspectora Veiga.

Inés le estrecha la mano de vuelta, lamentando tener las palmas tan sudadas. Luego, baja la vista hacia el periódico, perpleja.

Adopta entonces una expresión de sorpresa, como si fuera la primera vez que lo lee, y responde:

—¿Hay algún avance en el caso?

Al momento de soltar esas palabras se arrepiente. Ahora parecerá preocupada. Esa inspectora pensará que es culpable y

que tiene miedo de que la descubran. No tendría que haber dicho nada.

—No puedo discutir los detalles de una investigación en curso... —responde Lourdes con amabilidad. Entonces, Inés asiente, aceptando su negativa, y la inspectora añade—: Pero sí le puedo decir que estamos a punto de pillar al culpable.

Inés traga saliva, nerviosa. Intenta acariciar con sus dedos el mármol para que el frío la distraiga de sus pensamientos.

—¿Puedo preguntar dónde está su marido ahora?

—No lo sé... —admite Inés, a regañadientes.

—¿No sabe dónde está su marido?

—No estamos pasando por nuestro mejor momento... —sentencia Inés, esperando que esa confesión le salve de seguir hablando de su marido.

En ese mismo instante, Cayetana, que está escondida en los primeros renglones de la escalera, sonríe plenamente ilusionada.

«Ese hombre ya es más mío que tuyo», piensa la asistenta, esforzándose en no celebrarlo en voz alta.

—Entiendo—responde la inspectora—¿Podría hablarme entonces de Gemma Foz?

La pregunta pilla aún más por sorpresa a Inés, que aún está asimilando que haya una inspectora en su casa interrogándola.

Al momento, frunce el ceño y ladea la cabeza mientras se recupera de haber escuchado ese nombre otra vez.

¿Por qué no le está preguntando por Carolina? ¿Qué tiene que ver Gemma en todo esto? ¿Qué diablos está pasando aquí?

Mientras la inspectora trata de hacerse una opinión sobre Inés Salvatierra, algo en la encimera le llama la atención: un jarrón de cristal aguantando un ramo de flores idéntico al que vio en casa de Carolina. El mismo que le mandó su hombre misterioso.

La inspectora se obliga a apartar la mirada de las flores, fingiendo que no ha visto nada. Ata cabos en silencio y disimula mientras escucha a Inés.

—Pues... —empieza Inés, inquieta y agitada—Hace años que no pienso en ella. No sé...No hay mucho que decir.

El vaivén de su pierna delata al instante su estado agitado. La inspectora se percata de ese movimiento y lo traduce como una confesión de culpa.

Entonces, Inés traga saliva con dificultad y añade:

—¿Por qué pregunta por Gemma?

—Cuénteme lo que sepa de ella, por favor—repite Lourdes, sin apenas parpadear.

—Era algo así como una amiga. Bueno, su marido y mi marido se llevaban bien y quedábamos los cuatro a veces. Eso es todo.

Inés se cruza de brazos y trata de reprimir las arcadas que le están viniendo. Tiene ganas de vomitar. Está empezando a sentir sudores fríos por la espalda.

—Siento la pregunta, pero, ¿usted estuvo la noche en la Gemma que murió, verdad?

Inés asiente, al cabo de unos segundos, incómoda. Realmente no sabe qué tiene que ver todo esto con Carolina. ¿Cómo la han encontrado? ¿Qué saben ya sobre ella?

—Verá, me gustaría que me hablara de Julio Duarte, el marido de Gemma.

—Pues... No hay mucho que contar en verdad.

Inés le esquiva la mirada varias veces. Reza para que esta conversación acabe, pero la inspectora no se da por vencida.

—Seguro que algo hay. Piense, Inés.

—Perdón pero... ¿Por qué me pregunta todo esto?—le reprocha ella, a la defensiva—. Hace años que no veo a Julio... No entiendo.

La inspectora guarda silencio unos segundos, pensando cómo reconducir la conversación para descubrir lo que necesita.

—Dígame una cosa... ¿De verdad cree que la muerte de Gemma Foz fue accidental?

Inés no es capaz de articular ni una sola palabra. La inesperada presencia de esa inspectora le está poniendo

demasiado nerviosa. Está a dos preguntas más de delatarse.

—Eso dijeron...

—No, no. Dígame si es lo que usted cree—insiste la inspectora —. ¿Cree que Gemma Foz murió al caerse por la borda?

Entonces Inés inhala, endereza la espalda y reúne las agallas para mirar a esa inspectora a los ojos y decir:

—Sí.

CAPÍTULO 30

«Oculta algo», piensa Lourdes mientras cruza el jardín hasta su Volkswagen Escarabajo. Inés Salvatierra estaba nerviosa y tensa y parecía tener miedo a ser descubierta. La pregunta es:
¿Qué está ocultando?

Tampoco le ha generado animadversión. No parece una de esas mujeres ricas que te miran por encima del hombro. Es una mujer normal y corriente.

Se la podría encontrar un martes cualquiera en el supermercado, rebuscando en la sección de ofertas o discutiendo con la cajera porque un producto está mal etiquetado y le han cobrado de más. Y, sin embargo, vive en esa casa de diseño, en un barrio pudiente y con un marido millonario. No está muy acostumbrada a estos lujos y se nota.

La inspectora llega a la conclusión de que debió alcanzar ese estilo de vida cuando se casó.

Si tuviera que describirla en pocas palabras, diría que es amable, educada, y sospechosa de algo que aún no ha descubierto. Además, es bastante ilusa.

«Ha bastado con pedirle un vaso de agua fría antes de marcharme», se dice a sí misma la inspectora, satisfecha y con

aires triunfales.

Acto seguido, se resguarda dentro del vehículo y saca de su bolso la nota que había entre los tulipanes.

La ha cogido en una fracción de segundo, cuando Inés ha metido la cabeza en la nevera para buscar el agua.

Ahora solo necesita comparar la caligrafía con la nota que había en las otras flores; las de Carolina.

Lourdes sonríe de oreja a oreja. Sea lo que sea que esté ocultando, está muy cerca de descubrirlo.

CAPÍTULO 31

Guillermo lleva desde que ha salido de casa con la cabeza en otra parte. Está absorto, distraído. Se ha saltado un stop y ha acelerado en algún que otro semáforo en rojo.

Mientras conduce, vuelve a rememorar esa fatídica madrugada en la que todo cambió. La noche en la que vio morir a Gemma Foz.

A veces navega con su yate a alta mar. Detiene el motor en la zona en la que murió y le lanza tulipanes amarillos, sus favoritos, para que le lleguen.

Su Nokia suena. Guillermo, con un ojo en la carretera y otro en el móvil, comprueba qué le acaban de mandar. Es Julio, quién sino.

Antes de salir de la ciudad le ha mandado un mensaje de texto diciéndole que debían de verse hoy. Que era urgente.

Ahora, Guillermo lee su respuesta: «Estoy en la habitación 12 del Motel O Espiño. Nada de juegos sucios. Voy armado».

Guillermo suspira, más relajado. Parece que Julio está dispuesto a verle y a hablar. Quizás sí quiera escucharle. Si le promete más dinero, pero con un plazo de tiempo más razonable, quizás todo se solucione hoy mismo.

Una sirena le saca de sus pensamientos. Pega un pequeño respingo, sorprendido. Comprueba, con la mirada fija en el

retrovisor, como un coche policial le está persiguiendo con las sirenas puestas.

—Mierda... —maldice mientras comprueba que ha excedido el límite de velocidad.

Guillermo detiene el Aston Martin a un lado de la carretera y espera a que el agente rubio de ojos saltones y mentón cuadrado se acerque a él.

Entonces, el hombre, de unos cuarenta años, le golpea la ventanilla con los nudillos para indicarle que la baje y le dice:

—¿Tenemos prisa, no?

Guillermo no aprecia el tono burlón del hombre, y le devuelve una mueca de molestia. Está estresado, no tiene tiempo para tonterías.

—Eso parece, sí.

—Ya... —dice el agente, molesto—¿Sabe a qué velocidad iba?

—No, pero estoy seguro de que tú sí.

—Veo que tenemos a un graciosillo... —comenta el agente antes de abrirle la puerta con descaro y ordenarle—: Salga del coche y enseñe su documentación.

Guillermo resopla y obedece con desgana. Lo que le faltaba, estar perdiendo el tiempo con un hombre frustrado con su trabajo.

Entonces saca su cartera del bolsillo del pantalón bajo la atenta mirada del agente y le tiende su DNI.

—Bueno, Guillermo... —musita el agente mientras termina de leer todos los datos—. Procura no pasar de 120, ¿sí? No queremos tener disgustos...

«¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿Me va a dejar ir así, sin más? ¿Sin una multa, siquiera?», se pregunta Guillermo, con el ceño fruncido.

El agente le devuelve su DNI y se despide con la mano mientras se dirige a su coche patrulla.

Guillermo regresa al Aston Martin con la extraña sensación de que esto no ha acabado. A decir verdad, no ha hecho más que empezar.

Cuando arranca y retoma su viaje, tarda apenas unos minutos en darse cuenta de lo que está pasando.

El agente de policía le está siguiendo. Su coche patrulla no se despega del suyo.

Guillermo siente de forma inminente una enorme presión. No puede ir al motel si le sigue la policía. Va a tener que hacer algo. Pasan unos minutos y sigue con el deseo de que el coche patrulla tome alguna de las salidas y le deje en paz, pero no. Cada vez que mira por el retrovisor, lo ve; sigue estando ahí.

CAPÍTULO 32

Ha pasado media hora, y el coche patrulla le sigue pisando los talones. Ha pensado un par de veces en detener el coche y encararse con él, pero eso solo agravaría el problema. Tiene las de perder.

No sabe por qué está jugando con él de esta manera, pero tiene que ponerle fin. Apenas está a veinte minutos del Motel O Espiño. No tiene mucho tiempo.

Los ojos de Guillermo se detienen en un cartel polvoriento que anuncia una gasolinera a apenas dos kilómetros.

Cuando llega, detiene el coche en el aparcamiento lateral y sale del Aston Martin fingiendo naturalidad.

Al cabo de unos segundos, aparece el coche patrulla. El agente lo aparca junto al Aston Martin y baja la ventanilla con frialdad.

—Qué casualidad, eh... —le dice el agente, en tono de provocación—. Qué pequeño es el mundo.

Guillermo asiente, sonríe con falsedad y deambula hasta el interior. Distrae su cabeza observando algunos estantes con patatas fritas y frutos secos.

Intenta no mirar, pero alcanza a ver por el rabillo del ojo al agente, aún en el interior de su coche, mirándolo con suma

atención.

«¿Hasta cuando va a estar siguiéndome?», se pregunta Guillermo, ansioso. El sudor empieza a calarle la ropa y a hacer que desprenda un olor a metal y miedo.

Guillermo avanza con naturalidad y se refugia en el último pasillo de la gasolinera; el único ángulo muerto desde el aparcamiento.

«Piensa, Guillermo. Piensa rápido», se ordena, pálido y con la respiración agitada.

Junto a él, observando los refrescos de una nevera de pared, hay un hombre rapado de unos treinta años, atlético y con un bronceado envidiable. Si no ha estado todo lo que llevan de verano tomando el sol en el Caribe, lo parece.

—Oye, se me ha estropeado el coche y necesito ir a un sitio que hay por aquí... a quince minutos—dice Guillermo, a ritmo acelerado—. ¿Me podrías acercar por...?

Deja la frase suspendida en el aire mientras saca la cartera y le muestra varios billetes.

—¿Por cuatrocientos euros? —termina de decir Guillermo.

La mueca de reparo del hombre se transforma en una sonrisa de satisfacción.

—Claro, hombre—acepta el hombre, ilusionado. Luego agarra el refresco que estaba alcanzando y le dice—: Pago esto y te

llevo.

—Te espero en la parte de atrás—explica él—. Donde el autolavado.

Sintiendo el corazón latirle a mil por hora, Guillermo sale por la puerta trasera, donde unos jóvenes están lavando una furgoneta con el logo de un chiringuito de playa.

Pasan unos eternos segundos hasta que un Citroën Berlingo blanco desfila por la parte trasera y se detiene junto a él.

El hombre bronceado le hace señas con la mano para que entre. Guillermo lo hace al momento, se pone el cinturón, y afónico por la adrenalina le dice:

—Arranca, arranca.

CAPÍTULO 33

En esos momentos, le da igual haber abandonado su preciado Aston Martin en una gasolinera de mala muerte. Tampoco le importa cómo volverá a casa después o cuándo lo podrá ir a recoger. Lo importante es que le ha dado esquinazo a la policía. Aunque ha sido temerario, se siente muy bien habiéndole tomado el pelo a ese hombre.

Guillermo deambula por el aparcamiento del motel de carretera. El tipo del bronceado le ha dejado justo en la puerta, después de que Guillermo le acabara dando cien euros más de lo prometido.

Es el típico motel de película de Psicosis, donde se esperaría que alguien se ahorque o que encuentren el cuerpo de alguna mujer con un disparo entre ceja y ceja. Da bastante mal rollo.

Cuando finalmente encuentra la habitación 12, golpea la puerta varias veces, pero sin sonar brusco. Su intención no es asustar a Julio, ni que piense que es una amenaza. Solo viene a hablar las cosas.

La cabeza de Julio se asoma por la ventana que hay alineada junto a la puerta corroída de madera.

Aunque está la cortina pasada, logra ver media cara observándole y mirando que no haya nadie más con él.

Entonces se oye un cerrojo y la puerta se abre.

—Espero que vengas solo—le saluda Julio, con una sonrisa divertida en su rostro.

Lleva un albornoz blanco, con algunas manchas recientes de salsa de tomate.

Guillermo advierte el desorden de esa diminuta habitación. La ropa arrugada en el suelo, las bolsas deportivas Nike que le entregó y muchos envases de comida preparada tirados por doquier.

—Solo quería hablar contigo—se sincera Guillermo, dejándose caer a los pies de la cama sin hacer.

Julio cierra la puerta y echa el cerrojo. Luego acerca una silla de madera desgastada y observa a Guillermo de forma amenazante.

—Así que no has traído mi dinero, ¿verdad?

—De eso quería hablar... —contesta él, trabándose en alguna palabra—Necesito más tiempo para...

—¡Pues tiempo es lo que no tengo, colega! —irrumpe, poniéndose en pie, furioso—. La pasma me está buscando por tu culpa. ¡Es tu deber hacer que no me pillen! ¿Lo entiendes o qué?

—Joder, Julio... —protesta en un susurro cansado, como si no quisiera seguir por este camino la discusión—. Somos amigos, ¿no?

—Qué cabronazo eres...

Guillermo encaja esa frase sin entender del todo a qué se debe.

—¿Acaso no lo somos? Los dos nos hemos protegido en momentos como este.

—¿Ah sí? ¿Cuándo? ¿Cuándo me has protegido tú a mí? —le reprocha Julio con los puños cerrados y la nariz arrugada.

—Te defendí cuando te acusaron de lo de Gemma— responde Guillermo, ofendido de que tenga el valor de preguntárselo—. ¿No? Y te pagué al mejor abogado para...

Una risa lunática interrumpe el monólogo emotivo de Guillermo.

Julio aplaude con aire irónico, aunque está visiblemente dolido.

—¿Me defendiste o te burlaste de mí?

—¿Qué estás diciendo?

—Mira, como esto está a punto de acabar y no te veré más, te voy a preguntar esto solo una vez, Guillermo— Julio se acerca a él, con la mirada sombría y la respiración agitada—. Porque llevo todo este tiempo imaginándomelo, pero sin saber si quería saberlo...

Guillermo traga saliva, incómodo. Ya sabe qué le va a preguntar. Lo que no sabe es si va a poder mentirle.

—¿Estabais juntos?

—¿Pero qué estás diciendo...? —pregunta de forma retórica, con una risa fugaz y fingida como endulzante de tanta tensión.

Entonces, Julio saca una navaja con sus iniciales en la

empuñadura y la sostiene con firmeza.

—Responde. No te lo pienso preguntar otra vez... —hace una breve pausa y añade—: Ten el honor de mirarme a la cara y decirme que os acostabais en mis narices, Guillermo.

CAPÍTULO 34

El agente Lafuente lleva una hora mirando el corcho de la sala. La inspectora aún no ha regresado, pero le gustaría poder darle alguna buena noticia cuando vuelva; algún avance que aclare las cosas.

Mira la fotografía de Carolina Castañeda y luego el recorte de periódico hablando de la muerte de Gemma Foz.

¿Qué tienen en relación estas dos mujeres? Tanto Guillermo Piera como Inés Salvatierra estaban presentes la noche en la que Gemma falleció y viven aquí, en la zona en la que Carolina Castañeda ha muerto, pero no es suficiente.

La inspectora parecía decidida a encontrar alguna relación entre ambos casos, pero él no es tan optimista. El agente Lafuente imagina que esa visita no les servirá de nada.

El agente Román entra a paso raudo en la sala, otra vez sin llamar antes de pasar.

—¡Te están llamando! —anuncia con una mezcla de urgencia y emoción—. Es sobre un cadáver.

El agente Lafuente abandona la sala y acude corriendo a su escritorio. El teléfono está levantado, apoyado sobre la madera.

—Buenos días—dice él, con seriedad—. Agente Lafuente,

¿qué ocurre?

La voz arrugada de un hombre contesta al otro lado de la línea:

—Buenos días, soy el inspector Hevia—se presenta de forma escueta—. Les llamo porque hemos encontrado un cadáver en el Motel O Espiño, y creo que les interesa saber quién es...

CAPÍTULO 35

La inspectora compara las dos notas con expectación. Acaba de salir del apartamento de Amaia. Ha sido un poco embarazoso, porque Asier estaba en calzoncillos, bebiendo cerveza en el sofá. Ahora está dentro de su coche, observando los dos papeles.

En los dos pone lo mismo:

«Lo siento, amor mío. Te quiero.

—Guillermo».

«Qué poco original», se dice la inspectora. Rápidamente sacude la cabeza. No puede distraerse. Tiene que estar concentrada.

La letra es exactamente igual. Han sido escritas por la misma persona, sin duda. La inspectora examina la caligrafía ligada, de trazo fuerte y ligeramente inclinada hacía la derecha.

«Me parece que vamos a tener que hablar con Guillermo Piera», decide con convicción.

Entonces, su teléfono móvil suena. Le ha vuelto a cambiar la polifonía sin querer porque no recuerda haber escogido Torero de Chayanne. No le disgusta, pero con las melodías predeterminadas tiene suficiente, que luego la miran en el mercado o por la calle cuando suena.

—¿Sí? —responde Lourdes con voz melosa.

—Inspectora... —contesta al momento el agente Lafuente—. No te vas a creer quién ha muerto.

—¿Cómo?

«¿Qué formas son estas de empezar una conversación?», piensa ella, abrumada con lo que le acaba de decir.

—Han asesinado a Julio Duarte en un motel de carretera— desvela él—. Está a dos horas de aquí.

—Tengo la ligera sospecha de quién ha sido—dice mientras hunde su mirada en las dos notas mientras las guarda en la guantera—. Pide una orden de detención contra Guillermo Piera.

—¿Guillermo Piera? ¿Él?

—A lo mejor me equivoco... —sopesa la inspectora—. Pero creo que ha sido él. Y creo que también mató a Carolina...

CAPÍTULO 36

Inés observa el Clement's Cabaret. Algo en esa fachada de ladrillo desgastado le trae recuerdos. Es como si ya hubiera estado ahí antes, aunque está todo borroso.

Después de parar en un quiosco para comprar todos los periódicos que hablaran sobre Carolina Castañeda, le ha llamado la atención ese bar.

Mencionaban en varias noticias que Carolina trabajaba allí bailando, y se ha empeñado en verlo con sus propios ojos.

Se sienta en una de las últimas hileras, alejada de las decenas de hombres que hay en primera fila, junto al escenario. La tenue iluminación del local hace que pase desapercibida. Menos mal, porque es la única mujer que hay allí; de público, claro.

El murmullo del bar se disipa en cuanto el telón de terciopelo se abre y cinco mujeres con corsés de satén brillante se hacen con el escenario. Mientras todos los hombres prestan atención a las bailarinas, completamente embobados con los escotes y los muslos de esas chicas, algunos lanzan vítores y gritos con insinuaciones o palabras obscenas. Es como estar en un zoo abarrotado de animales salvajes.

Inés es incapaz de ver el número musical. Aparta la mirada e intenta no ponerse nerviosa. Al final de la canción, en el último estribillo, las chicas bajan y se pasean entre las mesas.

Una de las mujeres se sienta en el regazo de un hombre, que ya tiene billetes pequeños preparados para metérselos en el escote. Otra de ellas gira sobre sus pies y mueve las caderas para insinuarse a un hombre asiático que da palmas a destiempo. Es lamentable de ver.

Cuando acaba la canción, todo son aplausos y silbidos. Inés se arrepiente de haber venido. No sabe ni qué está haciendo aquí. ¿Qué esperaba averiguar? Está haciendo el tonto.

Las chicas desaparecen por el backstage, seguramente para dar pie al siguiente baile.

En medio de ese intermedio, un hombre de baja estatura y gafas gruesas se acerca directo a ella. Sus ojos la reconocen al momento, aunque Inés no sabe quién es él.

—¿Coco? —pregunta el hombre con genuina sorpresa—. ¿Qué haces aquí, Coco?

Su primera reacción es la de señalarse a sí misma, dudando si se lo dice a ella o a alguien más. Al ver que los ojos del hombre la siguen mirando, responde:

—Creo que me estás confundiendo...

Inés se pone en pie, dispuesta a irse, pero la voz del hombre la para en seco.

—¿Qué ocurre? ¿No te acuerdas de mí o qué?

—¿Perdón?

—¿Cómo era...? —balbucea el hombre mientras cierra los ojos con fuerza, haciendo memoria, y chasquea los dedos—. ¡Ah! ¡Inés! ¿Inés, verdad?

CAPÍTULO 37

No sabe en qué momento se ha dejado arrastrar por ese hombre de dudosa palabra. Él insiste en que la conoce, pero a Inés no le suena.

Aunque, ¿por qué iba a mentir si no? ¿Y cómo sabría su nombre si no se conocieran?

Como ahí afuera apenas se podía hablar por el ruido, Inés ha seguido al hombre hasta su despacho: un pequeño cuarto de la limpieza con un escritorio lleno de facturas y una mini nevera llena de latas de cervezas.

Ahora, a solas con él en esa ratonera que huele a puro y a lejía, se siente indefensa y vulnerable. Así comienzan las películas de terror.

El hombre se hace con una lata de cerveza y la abre mientras le pregunta:

—¿Quieres?

—No, gracias.

«Esto empieza a parecer el inicio de un documental de asesinatos en serie», piensa Inés, abrumada por la situación.

¿Por qué ha aceptado ir con ese hombre? ¿Dónde quedó su instinto de supervivencia?

—Entonces, ¿no te acuerdas de quién soy? —pregunta el hombre, sorprendido. Al momento, ella ladea la cabeza con convicción y entonces añade—: Pues es raro. No ha pasado tanto tiempo.

—Tuve un accidente hace poco y he perdido algunos recuerdos... —confiesa ella, deseando añadir un «Bueno, me voy ya, que no quiero que me asesines. Adiós».

Mientras el hombre reacciona a su noticia, ella añade:

—Perdón por sonar tan directa, pero, ¿de qué me conoces? ¿Y por qué me has llamado Coco?

—Pues, porque ese era tu nombre cuando trabajabas aquí— dice con un brillo nostálgico en los ojos—. Te fuiste hace unos años. Me dijeron que te habías enamorado de un hombre y que querías dejar esta vida atrás.

—¿Yo? ¿Trabajaba aquí?

No se lo puede creer. No puede ser cierto. ¿Trabajaba en el mismo sitio que Carolina? Debe ser una casualidad. Una coincidencia desafortunada. Esto no significa nada.

—¿De verdad bailaba aquí?

—Eres la mejor bailarina que hemos tenido. Además, tú y yo éramos buenos socios...

El hombre suelta una risita que Inés no termina de comprender.

—¿Socios en qué sentido?

—Ganábamos mucho dinero con algunos clientes... —le guiña un ojo y añade—: Ya me entiendes.

Ella niega con la cabeza, frustrada por no saber a qué se refiere.

—No te entiendo, no—le fulmina con la mirada, amenazante—. ¿A qué te refieres?

—Chantajeábamos a algunos clientes casados—explica después de darle un trago largo y necesario a su cerveza—. Te los llevabas a un hotel y luego les pedías dinero a cambio de no delatarlos a sus mujeres.

—Eso es horrible—balbucea ella, atónita.

—Pues no decías eso cuando te embolsabas cinco kilos por noche, bonita—le recrimina el hombre, a la defensiva—. Cuando te fuiste, el negocio se arruinó. Tu relevo no quiso saber nada de esto y el resto de chicas no eran tan bonitas. Así que, si algún día quieres retomarlo, que sepas que hay muchas víctimas potenciales.

Inés tarda unos segundos en aceptar la verdad. Trabajó en el bar bajo el nombre de Coco y chantajeó a muchos hombres casados. Si eso es cierto, se detesta por ello.

Quizás habría sido mejor no saber nada y vivir en la incertidumbre. ¿Cómo va a vivir sabiendo esto?

Entonces, mientras repasa las palabras de ese hombre, cae en la cuenta.

—¿Quién fue mi relevo?

«Que no lo diga, por favor. Que no sea ella. Cualquiera menos ella, por favor», se repite una y otra vez.

—Pues, es gracioso que me lo preguntes...

—¿Gracioso por qué?

—Porque dicen que la han asesinado en el hotel al que solíamos llevar a esos hombres... —hace una pausa dramática y contesta—: Se llamaba Carolina Castañeda.

CAPÍTULO 38

Ya no sabe qué es verdad y qué no. Ni siquiera se reconoce. No puede soportar la idea de quién fue. Está claro que sí dejó ese trabajo es que ya no quería ser así. Así que, se está disgustando por una versión suya que ni siquiera existe. Ese es su único consuelo.

El hombre le ha permitido pasearse por el backstage y por los camerinos antes de irse.

Seguramente se piense que tiene alguna posibilidad de incorporarla al equipo de nuevo y ganar dinero, pero Inés jamás volverá.

Inés necesita verlo todo con sus propios ojos, a ver si algo de lo que hay le trae algún recuerdo. Ya no sabe si quiere recordar, pero al menos lo va a intentar.

Deambula con cautela por un largo pasillo. Las paredes de hormigón están llenas de fotografías en blanco y negro en las que salen chicas bailando, coqueteando con clientes o preparándose en el camerino. Se ven genuinamente felices en esas fotos, pero eso no quiere decir nada.

Entonces, una fotografía en cuestión la sorprende. Es ella. Lleva una peluca negra que le llega hasta las orejas y un corsé rojo que acentúa sus diminutos pechos. Sale enroscada en una barra

plateada, en medio del escenario, rodeada por unos veinte o treinta hombres babeando por ella.

Se horroriza al momento. Se siente sucia, rara. Pero la siguiente fotografía es peor. Sale ella maquillando con una brocha a Carolina, aunque en la placa oxidada que hay sobre el marco pone: Coco y Velvet.

Inés le sostiene la mirada a la fotografía hasta que un recuerdo vence a la amnesia.

*

Hace seis años

En cuestión de días, Coco y Velvet se han cogido un cariño especial; es una lástima que estén a punto de separarse. Hoy es el último espectáculo de Coco.

Coco le ha enseñado todos los secretos y los trucos que tiene que saber para sobrevivir a este oficio.

«Dale más atención a los hombres que lleven zapatos de marca o estén bebiendo bebidas más caras. Esos son los que tienen más dinero. No vayas a por el que bebe cerveza, sino a por el que degusta un buen whisky», es una de las últimas lecciones que le ha enseñado. Así se ganará buenas propinas y no perderá el tiempo.

Ambas están en el camerino, preparándose para el primer número de la noche. Coco termina de colocarle la peluca pelirroja a su amiga. Se asegura de qué esté sujeta y resista todos los movimientos de cabeza que requiere el número musical.

—¿Algún consejo de última hora?

Coco la mira a través del reflejo del espejo y ve su expresión nerviosa e insegura.

—Lo harás genial, Velvet—dice en tono pacificador mientras agarra una brocha para retocar su sombra de ojos—. Recuerda que eres un personaje. Ellos no saben quién eres en verdad. Carolina es una chica tímida, pero Velvet es atrevida y juguetona.

Entonces la pesada puerta metálica se abre y el fotógrafo oficial del bar, un joven de prácticas encantado con su trabajo, irrumpe en la conversación para sacar una fotografía. Luego, el joven se detiene y mira de forma lasciva a las chicas antes de irse por dónde ha venido. Le gusta su trabajo, eso está claro.

—¿Ves cómo te comía con la mirada? —dice Coco, sin dar pie a que la otra conteste, y añade—: Les vas a encantar... Piensa que hay trabajos peores.

Velvet traga saliva y asiente mientras intenta que el consejo de Coco se le quede grabado. Entonces, se voltea sin levantarse de su silla y pregunta con ansia:

—¿Vendrás a vernos?

Coco se muerde el labio para no contestar todavía. No quiere volver. Esa es la realidad. Quiere distanciarse de este lugar.

Lleva unos meses saliendo con un hombre que no sabe nada de este trabajo; y que, de todas formas, tampoco lo entendería.
Es un hombre elegante, atlético y adinerado. Tiene la cabeza bien amueblada. Es educado y culto.

Coco sabe que si le dijera dónde trabaja, la vería de otra forma. Por eso tiene que dejar esta vida atrás. Empezar de cero con él. Es su billete de huída.

—Puede que sí—termina diciendo, con una sonrisa fingida.

CAPÍTULO 39

Inés recuerda esa noche con nitidez. Han aparecido cientos de imágenes de ellas dos en el bar. Es como si siempre hubieran estado ahí.

Recuerda también la despedida que tuvieron esa misma noche, a la salida del bar, antes de que cada una tomara una dirección diferente. Pero esa no puede ser la última vez que se vieron, ¿verdad?

Siente que los recuerdos que ha estado oprimiendo están luchando por salir a la superficie, aunque todavía sin éxito.

¿Qué hacía Carolina en esa habitación de hotel con ella? Era además el hotel dónde ella llevaba a sus clientes para chantajearles. ¿Por qué estaban precisamente allí? Hay algo que se le escapa.

«Ya sé lo que tengo que hacer», piensa Inés, caminando con convicción hasta la salida del bar.

Entonces camina un par de metros por la acera, levanta el pulgar y espera a que algún taxi se detenga.

Al cabo de unos minutos, un cincuentón con cara de pocos amigos detiene el vehículo y le quita el seguro a las puertas traseras para que la mujer se suba.

—¿A dónde vamos?

Inés se termina de poner el cinturón de seguridad y contesta con convicción:

—Al Hotel Villamar.

CAPÍTULO 40

El inspector Hevia acompaña a la inspectora y el agente Lafuente por el aparcamiento del motel. Está abarrotado con agentes de policía peinando la zona y delimitando la escena del crimen. Los primeros periodistas empiezan a aparecer con furgonetas de diferentes cadenas de televisión.

—Espero que no tengan el estómago delicado... —les advierte el inspector Hevia, que tiene una voz tan grave que podría ser uno de los tres tenores.

Es un hombre de mirada severa y aspecto duro. Si le quitas el uniforme, podría pasar por un motero amante del heavy metal y de las cazadoras de cuero.

Tiene un bigote canoso que cubre su fino labio superior, lleva las patillas largas y tiene una nariz aguileña muy característica.

—¿Quién ha descubierto el cuerpo? —pregunta la inspectora.

—Los huéspedes de la habitación de al lado oyeron jaleo y se asustaron. Avisaron al de recepción y se encontraron esto...

Los tres cruzan la puerta de la habitación 12 y se encuentran con el cuerpo de Julio Duarte, que lleva un albornoz embadurnado de sangre, tirado sobre la moqueta.

—Lo han dejado como un colador—comenta el inspector Hevia mientras los otros observan el cuerpo sin apreciar su comentario—. Diez cortes en el pecho.

—¿Arma homicida? —pregunta de nuevo Lourdes.

—Una navaja—dice al momento el inspector, y luego matiza—: Lo encontramos en unos contenedores cercanos. Al parecer, tiene las iniciales del muerto.

—Esto pinta más a asesinato sin planear—comenta Lourdes—. Es de primero de manual que no se debe tirar el arma cerca de la escena del crimen.

—Seguramente el asesino se fue con prisa—añade el agente Lafuente—. Sabía que se escuchó ruido, así que se fue corriendo para que no le pillaran

Entonces, el inspector Hevia se saca unos chicles de menta del bolsillo de la camisa, se lleva dos a la boca y comenta:

—Aún tenéis que ver una cosa—les dice el inspector. Entonces rodea la cama, esperando que el resto haga lo mismo, y les señala dos bolsas deportivas llenas de dinero—. Hemos encontrado miles de euros.

—Así que—reflexiona ella—, no era un tema de dinero.

—Tengo entendido que le estabais investigando por el asesinato de una mujer, ¿verdad? —afirma él, convencido—.

¿Tenéis idea de quién ha podido hacerle esto? ¿Algún amigo o familiar de la chica, quizás? ¿Un novio?

—Tenemos una sospecha—constata la inspectora pensando en Guillermo Piera. Entonces, Lourdes mira al agente Lafuente y le dice—: Tenemos que hablar con él.

CAPÍTULO 41

Habrá caminado unos cinco o seis kilómetros. El calor agosteño aprieta con fuerza y no hay ni una sola sombra en la que refugiarse. Tampoco se mueve el viento, aunque si lo hiciera, sería aire caliente.

Guillermo jadea, agotado. Toda su ropa está bañada en un charco de sudor que le cala desde la camiseta hasta los calcetines.

Ha intentado hacer autostop un par de veces, pero nadie se ha parado. Parece que si no eres una damisela en apuros, nadie te ayuda.

Le gustaría poder pedir un taxi, pero no tiene con qué pagarlo. Se lo ha gastado todo en el chico bronceado que le ha sacado de la gasolinera. Tendría que haber regateado, pero estaba desesperado. Tenía prisa.

Así que, no le queda más remedio que volver a pie. Hubiera preferido que la grúa se llevara su coche y tenerlo que ir a buscar en unos días, pagando una pequeña multa.

Finalmente, después de dejarse el alma en ese trayecto, reconoce la gasolinera a unos metros de distancia.

Guillermo se acerca al Aston Martin, con las piernas temblorosas y chiribitas en los ojos. Cuando la distancia es de apenas cinco metros, saca la llave y lo desbloquea.

Se acerca a la puerta del conductor y, justo cuando tira del manillar para abrirla, una mano le aprieta el hombro con fuerza.

—¿Tú te crees que soy tonto? —pregunta con irritación una voz de hombre que a Guillermo le resulta familiar. Entonces se voltea y el hombre añade—: Te vas a cagar.

El agente de policía rubio de ojos saltones le empuja contra el vehículo y le inmoviliza las muñecas.

Guillermo está tan agotado que se deja arrestar sin oponer resistencia. Luego, el agente prepara las esposas y se las encaja a la fuerza; una en cada muñeca, casi cortándole la circulación.

—¿Por qué se me está deteniendo, eh ?—musita Guillermo, casi sin aliento, con la poca chulería que es capaz de emplear —. ¡No he hecho nada! ¡Esto es un malentendido!

—Ajá... —se burla el agente mientras arrastra a Guillermo a su coche patrulla, camuflado en la parte trasera de la gasolinera donde el servicio de autolavado—. Eso dicen todos.

CAPÍTULO 42

«Si Diego estuviera aquí, me aconsejaría que no dijera nada. Que me calmara y tratara de parecer lo menos sospechoso posible», se recita Guillermo por cuarta vez.

Su dedo golpea de forma insistente la mesa metálica en la que tiene ambos codos apoyados. A este paso, su uña cavará un túnel hasta el suelo adoquinado. Se obliga entonces a dejar de mover el dedo.

Coge aire y exhala. Corrige su postura para no estar encorvado y se obliga a relajarse.

Lleva diez minutos aquí, luchando en silencio contra sus demonios. Nunca había estado en una sala de interrogatorios. Es fría e impersonal. Apagada. Y está iluminada por focos fluorescentes que le ciegan y le dan jaqueca.

Tiene la garganta seca. No sabe si es por la caminata que ha hecho bajo pleno sol o por la sequedad del ambiente.

En ese momento, una mujer y un hombre cruzan la puerta. Debe ser una puerta hermética, porque en los pocos segundos que está abierta se filtran cientos de ruidos externos en la sala.

Una vez la cierran, vuelve a reinar un silencio ensordecedor.

Los dos se sientan con sosiego frente a Guillermo y le miran con cierta curiosidad, como si fuera un mono de feria.

—¡Quiero poner una denuncia! —berrea Guillermo, con aires de superioridad. La mujer y el hombre le miran extrañados, con una sonrisa de confusión—. ¡Me han detenido sin decirme el motivo! Esto es ilegal, ¿sabéis? Retener a alguien aquí...

—Señor Piera—le interrumpe la inspectora Veiga—, tiene derecho a permanecer en silencio. Le recomiendo que lo use ahora mismo.

Guillermo cierra la boca, ladeando la cabeza con sorpresa. ¿Quién se cree esa mujer para hablarle de esta forma? Él paga impuestos. Por lo tanto, su salario lo paga él. Prácticamente es su jefe.

—Está aquí para un interrogatorio voluntario—le explica la inspectora como si fuera un parvulito que no sabe contar hasta diez—. Va a colaborar, nos va a decir todo lo que sabe y así no tendremos que vernos las caras más.

—¿Quiere un vaso de agua? —le pregunta el agente.Guillermo niega con la cabeza, aunque por dentro se muere de ganas de decir que sí.

No quiere parecer débil. No necesita nada de ellos. Acabará pronto, saldrá de aquí y se beberá una garrafa de cinco litros.

La inspectora lo mira en silencio unos instantes. No le da buena espina. Parece el típico rico que se cree con más derecho a todo solo por su odiosa fortuna.

Quizás es de esas personas a las que nunca les niegan nada, y cuando alguien lo hace, se arrepiente por el resto de su vida.

Entonces, el agente Lafuente, carraspea y dice:

—Señor Piera, es usted sospechoso por la muerte de una mujer... Carolina Castañeda. ¿La conoce?

Él agacha la cabeza y suspira.

—Sé quién es, sí...

—¿Está al tanto del caso? —cuestiona la inspectora. Él asiente, desganado, y entonces ella prosigue—: ¿Tiene coartada para esa noche?

—Pues sí... No... Estaba durmiendo en mi casa, supongo...

—Su mujer... —la inspectora hace una pausa y continúa—: Inés Salvatierra... ¿Podría probar de alguna forma que estuvo toda la noche en casa?

Guillermo siente que le aprietan la garganta. Le falta el aire.

—No. No dormimos juntos algunas noches. Al

cabo de unos segundos, la inspectora añade:

—¿Sabe que un amigo suyo, Julio Duarte, fue visto en el hotel después de que asesinaran a Carolina?

Toda la conversación avanza demasiado rápido. Guillermo está exhausto; no tiene tiempo de procesar nada de lo que ocurre.

Antes de que Guillermo pueda protestar, la inspectora añade:

—Además, usted estaba la noche en la que la mujer de Julio, Gemma Foz, tuvo ese... —hace una pausa, algo burlona, y prosigue —: ¿Cómo lo llamamos? ¿Accidente irregular? Sí, accidente irregular.

—¿Qué insinúan exactamente? —inquiere él, enervado—. ¿De qué se me está acusando?

No le gusta cómo está yendo la conversación. No se esperaba tener que hablar de Gemma.

Se pregunta entonces si es buena idea levantarse y marcharse así sin más, pegando un portazo, o si le interrogarán forzosamente de todas formas y quedará como sospechoso por haber intentando huir. Así que, decide permanecer sentado un rato más.

—Creo que ya sabes de lo que te estamos acusando—señala la inspectora—. Te ofrecemos la posibilidad de pactar una condena justa a cambio de la verdad.

Guillermo se echa hacía atrás, cruzado de brazos, y alza una ceja con condescendencia.

—Soy inocente—dice él—. No tengo nada más que decir.

La inspectora saca del bolsillo del pantalón la fotocopia de dos notas, exactamente iguales, escritas en su caligrafía.

—He de decir, señor Piera—bromea ella—, que para ser inocente, no pinta bien que le mande notitas a la víctima...

—Pero... Eso... —balbucea, enfadado—. Eso no demuestra nada.

—Señor Piera, he conseguido que condenaran a hombres por mucho menos—dice ella, manteniendo la compostura, mientras se inclina ligeramente hacia delante con mirada severa—. Ahora mismo tenemos a varios agentes registrando su casa, su coche y su yate. Puede negarse a hablar, pero si no nos cuenta lo que sabe y encontramos algo, estará perdido.

Entonces la inspectora le da un suave pisotón al agente Lafuente para que se levante de la silla. Los dos se dirigen a la puerta, dejando a Guillermo solo, con un nudo en la garganta.

CAPÍTULO 43

Guillermo guarda silencio. Esa sala va a poder con él. En estos momentos, lamenta no haber aceptado ese dichoso vaso de agua. Siente una cascada de sequedad quemándole toda la garganta.

¿Qué va a hacer? ¿Confesar? ¿Contar todo lo qué sabe? Mientras no encuentren el cadáver de Carolina Castañeda, está a salvo. Puede negarse a hablar y decir que eran amantes, pero que él no la mató. No tienen forma de probar que él estuviera con ella en el Hotel Villamar, así que, por ahora debe mantener la calma.

Ha llamado a su abogado, Diego, pero ha saltado el buzón de voz. Debe estar en medio de algún juicio o visitando a algún cliente fuera de la ciudad. Pero, lo importante es que cuando reciba el mensaje, le defenderá.

Aprovechando la calma que embadurna esa pequeña sala, Guillermo deja que los recuerdos de Carolina le arrastren. Es una lástima que todo terminara así. Fue todo culpa suya.

*

Hace un mes

Guillermo se termina el tercer vaso de whisky en lo que va de noche. Está derrotado, en la barra del bar del Hotel Villamar.

Nunca antes había estado aquí, pero lleva toda la semana queriendo venir. Hace unos días, le dejaron un panfleto del hotel en el parabrisas de su coche. Lo fue a tirar, pero se quedó mirando las imágenes del bar, y al final se lo guardó.

Ha cogido el Aston Martin y ha conducido hasta aquí de madrugada para curar sus penas con alcohol.

En temporada baja, esto estaría abandonado, se imagina, pero como es julio, hay bastante vida. Debe haber unas veinte personas en toda la sala bebiendo; aunque todas ellas están felices, y Guillermo no.

Guillermo le hace un gesto al camarero que hay detrás de la barra para que le ponga una más. El chico, un joven que debe haber aceptado este trabajo para ahorrar para la universidad o para su primer coche, asiente. Luego se dirige a la estantería para encontrar la botella de whisky irlandés que le ha estado sirviendo.

—¿Te importa? —le dice una voz de mujer—. No me gusta beber sola.

La mujer, que lleva un vestido negro escotado, se sienta en el taburete de al lado, reposa su martini en la barra y le sonríe con picardía. Se cruza de piernas lentamente, obligando a Guillermo

a bajar la mirada para cerciorarse de si lleva medias o no; y, para su deleite, no lleva.

—Tienes suerte—contesta él—. A mi tampoco me gusta beber solo.

Ella le examina durante unos segundos, de arriba a abajo, como si le gustara lo que ve. El porte de ese hombre, hace dos segundos decaído, ahora destila seguridad.

—¿Y qué haces aquí solo, si se puede saber?

—Esperarte—bromea Guillermo, sacándole una sonrisa. Luego le estrecha la mano para presentarse y añade—: Guillermo.

Entonces ella, se relame los labios, le estrecha la mano con suavidad y se presenta:

—Carolina.

CAPÍTULO 44

Inés arranca las cintas policiales que hay en la puerta de la habitación 204. Estar de nuevo en el Hotel Villamar le provoca escalofríos por todo el cuerpo.

«¿De verdad estoy a punto de hacer esto?», se pregunta una última vez más, a sabiendas de que nada podría convencerla para no hacerlo.

En otras circunstancias, no estaría haciendo esto. No se estaría colando en la escena de un crimen, no. Se habría vuelto a casa y habría esperado a recordar por sí sola, pero está muy asustada. Quiere que todo acabe ya.

Siente constantemente una presión en la cabeza. Es una sensación punzante que ha aparecido desde que ha visto la fotografía de Carolina y ella (Velvet y Coco, al parecer).

Sus recuerdos están luchando por aparecer. Por eso quiere ir allí. Necesita volver a esa habitación. Un aroma, un sonido o un algo que le ayude a recordar.

Entonces entra y cierra la puerta con cautela. Lo primero que le viene a la cabeza es esa mañana.

Despertarse con el miedo y la desorientación. No tener escapatoria. Esas emociones regresan con el recuerdo.

Pero entonces, sus pies se dirigen al baño. Ella se deja llevar.

Es un cuarto grande: un lavamanos con un espejo a mano izquierda, una enorme bañera todo recto, nada más entrar, y un váter en la pared de la derecha. Todo normal.

Pero hay un brillo en esa bañera que la hipnotiza. Cierra los ojos en ese momento. Nota un pellizco intenso. Está recordando. Estuvo ahí.

*

16 de agosto

Inés abre la puerta de la habitación 204. Consulta su reloj. Es medianoche. Todo va según lo previsto.

Carolina le ha enviado un SMS hace un rato: «Estamos de camino. Escóndete».

Por eso Inés ha dejado la llave de nuevo en la maceta junto a la puerta de emergencia, después de haber abierto y haber puesto un coletero scrunchie en la cerradura para entrar en la habitación a su antojo.

Ahora, escondida en la bañera, aguarda a que los dos tortolitos lleguen a la habitación. En cuanto pueda, saldrá del baño y les pillará en el acto.

Fue bastante fácil convencerla. Carolina quería dejar su trabajo, pero no tenía dinero, así que Inés le prometió la mitad de lo que ganara ella con su divorcio. ¿Quién no aceptaría este trabajo a cambio de unos cuantos millones?

El sonido de la cerradura la saca de sus pensamientos. La puerta se abre y el taconeo de Carolina y los pasos firmes de Guillermo llenan la habitación.

Inés escucha algo. Están hablando, pero no parece en tono de broma ni de ligoteo. Más bien, parece una discusión.

«¿Están discutiendo?», se pregunta Inés, de pie en la bañera, a oscuras, mientras se tapa la boca con ambas manos para que su respiración no la delate.

Está perpleja. ¿Por qué están discutiendo?

—¿En serio? —inquiere Carolina, colérica y ofendida—. ¿Quieres acabarlo así, de verdad?

Guillermo suspira. No se le dan bien las discusiones.

—¿Qué quieres que te diga? —responde él, con cierta indiferencia—. Ha sido divertido, pero no quiero que la cosa se ponga más seria.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero ir a más? —Carolina suspira, se acerca a él y modula su voz para endulzarla—. Me gusta esto que tenemos...

—Ha estado bien... —dice él, mientras se aleja unos pasos de Carolina—. Pero esto se acaba hoy. Se acaba aquí y ahora.

Carolina se tumba entonces en la cama, esforzándose en poner su mirada más provocadora.

—¿No me deseas, Guillermo?

Él suspira, fatigado. No es para nada la reacción que Carolina esperaba. Eso la deprime. ¿Acaso no es atractiva? Todos los hombres la desean. Nadie se resiste a ella, ¿por qué Guillermo sí?

Mientras tanto, Inés se debate entre si irrumpir la conversación y abortar el plan, ya que no está saliendo como imaginaba, o esperar un poco más.

—¿Es por tu mujer?

—No, ya te he dicho que a ella tampoco la quiero...

Sus palabras flotan en el aire durante unos segundos. Carolina sabe que tiene que hacer algo, pero es consciente de que todo se está arruinando. A estas alturas, tendrían que estar bajo las sábanas, disfrutando del otro, pero ahí están, discutiendo.

—Le contaré lo nuestro.

Guillermo da un paso hacia ella, con los ojos abiertos, inyectados en sangre.

—No te atreverás.

—¿Qué no? —responde Carolina con una risa fingida y exagerada—. Te arruinaré la vida si me dejas. Ella se quedará

con todo. ¿Me oyes? Lo vas a perder todo y vendrás a suplicarme que te acoja cuando no te quede na...

En ese momento, la conversación se detiene. Así, de golpe. Inés trata de agudizar su oído y escuchar con atención, pero no capta nada. Silencio. Solo silencio.

«¿Se están besando? ¿Debería salir ya?», se pregunta ella, aún indecisa.

Entonces oye algo. Es un gemido, pero no de placer, sino de dolor. Se asusta al imaginar de qué se trata, pero no quiere creerlo.

Guillermo le atesta una sexta puñalada con la navaja suiza que usa para cortar la cuerda con la que amarra su yate. Es una navaja con sus iniciales. Un detalle que se regalaron su amigo Julio y él hace años.

Cuando por fin se anima a salir, Inés da un paso en falso y resbala. Su cabeza se golpea contra el lavamanos.

Inés se queda tendida en el suelo, inmóvil unos segundos, y aturdida por el mareo.

Guillermo levanta la cabeza. Ha oído un ruido. Debe ser de la habitación contigua. Así que, sale de esa habitación a toda prisa, pensando en cómo va a solucionar esta situación. Lo primero es que huya. Que salga de allí.

Inés escucha la puerta al cerrarse. Ese ruido la saca de su atontamiento. Con pasos torpes, tambaleándose, logra salir del baño e intenta acercarse a su amiga, que yace muerta en esa cama.

Se le atasca un grito en la garganta al ver la sangre. Hay mucha sangre. Demasiada.

No logra contener todo el dolor que la sacude dentro. Todo esto es por su culpa.

Da un par de pasos más, pero un pitido agudo le atraviesa la cabeza y un sudor frío la envuelve por completo. Sus fuerzas ceden de golpe.

Lo último que alcanza a hacer es desplomarse al otro lado de la cama, deseando, con el último hilo de conciencia, que nada de esto hubiera pasado.

CAPÍTULO 45

—¿Me podéis traer un vaso de agua? —pide Guillermo, con la garganta seca, en cuanto la inspectora y el agente entran.

Lleva dos horas sediento, cansado y abrumado por esta situación. La soledad no le ha hecho ningún bien. Ahora mismo confesaría cualquier delito con tal de darse una ducha y comer algo.

El agente abandona la sala un momento para traerle un vaso de agua.

Mientras tanto, la inspectora toma asiento frente a él, con expresión victoriosa.

—Tengo una mala noticia para ti.

Esas palabras le arrancan una expresión de preocupación a Guillermo. Si pudiera, tragaría saliva, pero está deshidratado.

—¿Qué... Qué ha pasado?

—Han encontrado el cuerpo de Carolina Castañeda escondido en tu yate. Presenta las mismas heridas que el cuerpo de Julio Duarte, por lo que...

En ese momento, un delirio momentáneo le nubla el juicio a Guillermo. Está acabado.

¿Cómo no se le ocurrió pensar que Julio haría algo así? ¿Qué escondería su cuerpo en un lugar que pudiera incriminarlo? ¿Cómo ha sido tan idiota?

Está a punto de perderlo todo. Puede que sea la última vez que esté ahí, en esa sala de interrogatorios, con la oportunidad de esclarecer las cosas. De colaborar.

Si habla, quizás sean más indulgentes con él. Al fin y al cabo, ya le tienen acorralado. Entre la espada y la pared. Está en un jaque difícil de evitar. No hay victoria posible, solo una derrota más indulgente.

Tiene que hablar. Tiene que contar la verdad.

Entonces, mientras el agente Lafuente entra en la sala con un vaso de plástico lleno de agua, y la inspectora sigue divagando sobre sus teorías,

Guillermo irrumpe con un grito desesperado:

—¡Hablaré! ¡Lo contaré todo!

CAPÍTULO 46

Hace dos años

Después de la cena, durante la sobremesa, Guillermo y Gemma salen a fumar afuera. Es un hábito horrible que aún no se han quitado porque les da una excusa para escabullirse juntos en cualquier ocasión.

Todos han bebido demasiado, por lo que ambos se agarran el uno al otro para no resbalar.

El gélido viento que sopla les ha obligado a irse a la parte trasera del yate, donde la luz del interior apenas llega. Están solos.

—No sé cómo puedes fumar esa basura mentolada—se burla Gemma mientras le echa el humo de su Marlboro a la cara.

Guillermo, que en ese momento estaba embobado con el escote del vestido rojo que Gemma lleva, sonríe de oreja a oreja. A Guillermo le gusta ese tonteo. Llevan muchos meses viéndose a escondidas, aprovechando cualquier momento, Cualquier excusa para estar juntos.

A él se le ha pasado cientos de veces por la cabeza dejar a Inés para estar con ella. Pero no quiere proponérselo. No quiere arruinar las cosas ni buscarle un problema a Gemma. La quiere demasiado como para hacerle eso.

No. Puede esperar. Está tan a gusto con ella, que le dan igual las condiciones, siempre que tenga pequeños momentos así a su lado.

—Te deja la boca fresca... —responde Guillermo, con una sonrisa pícara—. No como...

Antes de que pueda terminar la frase, Gemma se lanza para besarle apasionadamente. Guillermo la agarra de la cintura y la pega a él. Ambos hacen fuerza con los pies para no resbalarse; el mar está revuelto y cuesta trabajo no moverse o tambalearse.

—Qué cabrones... —resuena una voz rota de mujer.

Es Inés.

Los dos se separan de ese cálido beso con cara de susto. Todo son «No es lo que parece» o «No estábamos haciendo nada» que se atropellan entre sí, pero nada consigue calmar a Inés.

Ella empieza a retroceder, con tímidos pasos. Le tiembla la voz y le arde el pecho. Está enfadada y asustada. Le hierve la sangre. Es una traición demasiado dolorosa.

Mira entonces a Gemma y le suelta:

—Se lo voy a contar a Julio—dice en tono de amenaza—. A ver qué gracia le hace a tu marido...

Entonces Gemma, en un ataque de ira, da unos pasos hasta que alcanza a Inés y la arrastra del pelo. Le tira tan fuerte que le arranca un par de mechones y la hace caer al suelo.

Guillermo trata de interponerse entre Gemma e Inés, pero no sabe de parte de quién ponerse. Solo quiere detener la pelea para que Julio no salga a ver qué ocurre.

Inés se levanta, con el ego destrozado, acariciándose con la mano el golpe que se ha dado en la cabeza al caer.

Entonces le propina un puñetazo en la mejilla a Gemma, que la hace resbalar justo cuando rompe una ola.

Tanto Guillermo como Inés observan cómo el cuerpo de Gemma cae de espaldas y desaparece por la borda del yate. El océano se la traga.

Guillermo se asoma al momento, dispuesto a estirar el brazo para ayudar a Gemma a subir, pero no se ve nada.

Debate entre sí lanzarse al mar o no, pero no sabe dónde está.

Se acabaría ahogando.

El yate avanza a tal velocidad, que sería imposible encontrarla ahora, y mucho menos con esta oscuridad cegadora.

No se oyen gritos de socorro. Tampoco se ven sus delicados brazos agitados en el aire. No hay nada.

—¿Qué acabas de hacer? —inquiere Guillermo en estado de shock, furioso—. La has matado, joder... ¿Qué has hecho, Inés? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Ella se cubre la boca con las manos. Tiene los ojos llorosos. Está atónita. Le tiembla todo el cuerpo.

Unas repentinas náuseas le revuelven el estómago. La culpa la paraliza. ¿Acaba de matar a alguien?

—Julio te va a matar... —amenaza Guillermo, asustado.

Pero entonces, antes de que Guillermo corra a dentro para contárselo a Julio, Inés dice algo que le acobarda:

—¿Y qué crees que te hará a ti cuando descubra que estabais juntos?

CAPÍTULO 47

Inés se viene abajo. Ahora lo recuerda todo con nitidez. Camina por la habitación en círculos y es capaz de ver el cuerpo ensangrentado de Carolina, tendido sobre la cama.

Es como si esa amnesia nunca hubiera existido. Tiene acceso a todo lo que ha hecho, y no le gusta.

Ahora recuerda que le pidió a Carolina ese favor: que conquistara a su marido para poder pillarlos juntos. Le prometió una parte del dinero que ganara.

Era un trabajo fácil. Nadie tenía que morir. Lo planeó todo durante semanas para reunir pruebas de que le era infiel y así poder divorciarse y empezar de cero sin él.

Como Guillermo ya le había sido infiel con Gemma, solo necesitaba fabricar las pruebas que no podía obtener si no quería delatarse.

¿Cómo se pudo torcer todo de esta forma?

CAPÍTULO 48

Guillermo se siente extrañamente bien. Es la primera vez que no está todo bajo su control. Sabe que va a ir a la cárcel y, aún así, todo está bien. Tiene miedo, pero vuelve a respirar sin ese dolor agudo en el pecho.

Después de confesarlo todo, su participación encubriendo a Inés por la muerte de Gemma Foz, el asesinato de Carolina Castañeda y de Julio Duarte, la inspectora y el agente se sienten aliviados de que vayan a poder cerrar el caso; y no una, sino tres muertes.

—Así que... Después de matar a Carolina... —concluye la inspectora, dejando la frase suspendida en el aire, esperando que Guillermo responda.

—Me encerré en mi Aston Martin, pensando qué debía hacer—le da un sorbo al vaso de agua para recuperar la voz y prosigue—: Me calmé y llamé a Julio para que me ayudara con el cuerpo. Me debía una por cómo le ayudé cuando era sospechoso por la muerte de Gemma. Me dejé mucho dinero en su defensa y...

—¿Le llamó con su teléfono? —cuestiona la inspectora—. Porque encontramos un pequeño Nokia entre las pertenencias de Julio en el hotel. Uno de prepago.

—Cuando pasó lo de Gemma—empieza Guillermo—,

hablábamos con un Nokia ilocalizable, porque le pincharon los teléfonos. Cuando todo terminó, prometimos mantenerlo siempre activo, en caso de que surgiera algo.

—Comprendo—dice Lourdes, satisfecha con todo lo que les ha contado—. Eso es todo por ahora, Guillermo.

—¿Puedo irme a casa? —les pide, agotado—Necesito darme una ducha y descansar, yo...

—Vas a tener que quedarte con nosotros un poco más, Guillermo—indica el agente Lafuente.

Ambos se levantan y se dirigen a la puerta. La inspectora, antes de salir del todo, se voltea, da un giro sobre sus talones y le dice:

—Una cosa más...

Guillermo levanta la cabeza y la mira fijamente, con total atención.

—¿Sabe dónde está su mujer? —Guillermo niega con la cabeza, con el ceño fruncido, mientras la inspectora añade—: Ha dejado las cuentas bancarias en números rojos... No responde al teléfono y no está en casa. No hemos podido dar con ella aún...

EPÍLOGO

«Qué vestido más caro», es lo primero que se le pasa por la cabeza al ver cómo va vestida la mujer que tiene frente a ella. Seguido por un inevitable: «Mi marido jamás me regalaría algo así». Es triste, pero es cierto. No recuerda la última vez que le hizo un regalo que no fuera un ramo de flores como disculpa tras una pelea.

Debería estar pensando en qué hace aquí. No sabe muy bien dónde está. Imagina que debe estar en un tren, eso está claro, ¿pero cómo llegó aquí?

Tiene la cabeza apoyada en el cristal de la ventana. A través del vidrio, divisa una estación de tren, con el letrero: «Amsterdam».

Parece que el resto de pasajeros ya se han bajado. Observa en el andén el caos de personas arrastrando maletas con prisa.

La mujer frente a ella la mira sorprendida. Parece que le ha dicho algo, pero Inés estaba divagando y no la ha escuchado.

Entonces, la mujer vuelve a hablar, pero es un idioma que Inés no entiende.

Si supiera neerlandés, entonces sabría que le acaban de decir:

«Señorita, esta es la última parada del tren. Tiene que bajarse».

Inés asiente, se pone en pie sin saber qué está pasando, y camina por el pasillo que conduce a la salida. La mujer le sonríe con profesionalidad y se despide con la mano.

Entonces, Inés pone un pie en el andén y mira a todas partes mientras piensa: «Menos mal que esta vez no hay un cadáver junto a mí».